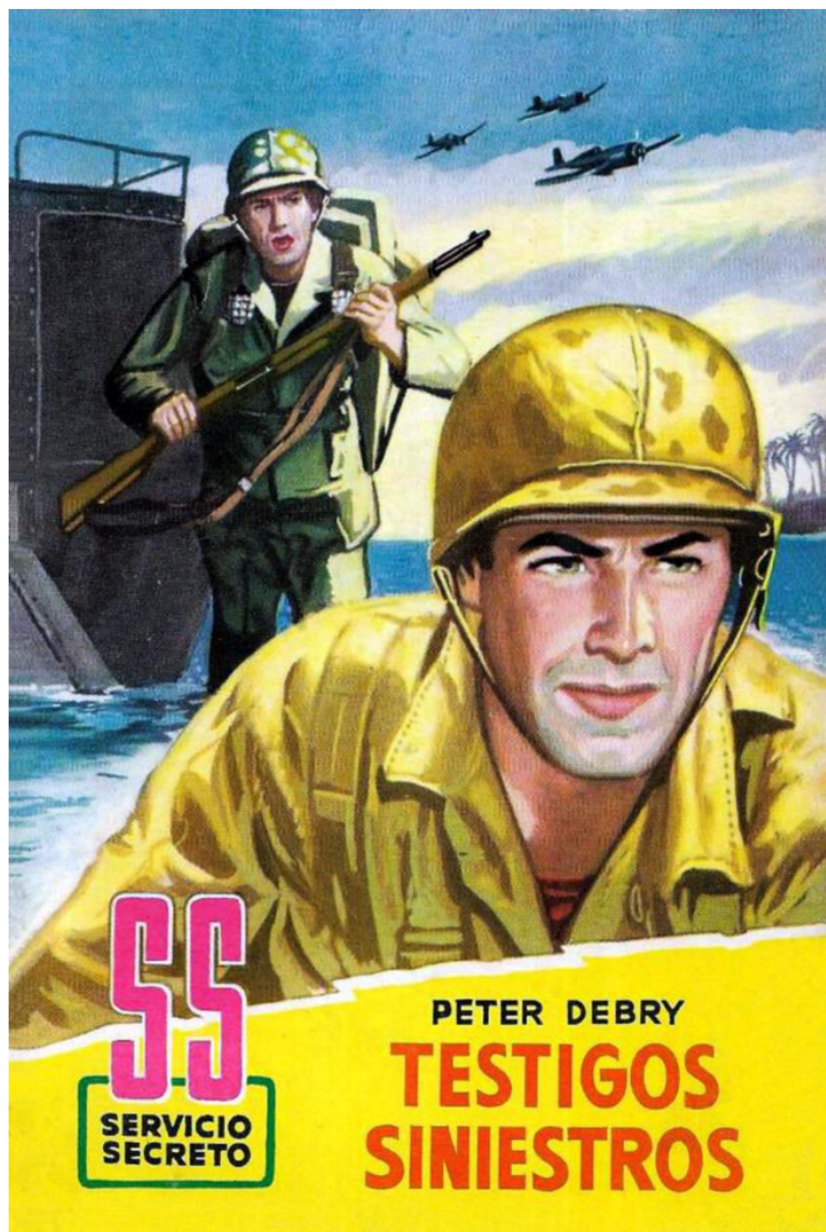

SS
SERVICIO SECRETO
PETER DEBRY
TESTIGOS SINIESTROS

PETER DEBRY

TESTIGOS SINIESTROS

1ª EDICIÓN
MAYO – 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

Testigos Siniestros

por Peter Lerangis



CAPÍTULO PRIMERO

LOS VOLUNTARIOS DE LA MUERTE

El zumbido progresivo se convirtió en estruendo horrísono que acalló el fúnebre silbido del proyectil que vino a estallar a diez pasos de distancia de las amplias espaldas de Barry Morgan.

Cada, nuevo cráter que en la tierra se formaba, levantaba en surtidor, guijarros, arena y cascos de la misma metralla.

Pero los «marines» de la División 59, seguían saltando de las lanchas de desembarco, tomando posesión de la playa del atolón, dominado hasta entonces por los japoneses.

Luke Ralston, sentado al lado de Barry Morgan, comentó:

—Va resultando monótono este negocio. Cambia el decorado, si quieres, pero el negocio es el mismo.

Barry Morgan, que sentado, rozaba con su cabeza él cóncavo techo natural de la gruta, miró el fusil ametrallador que entre sus piernas se apoyaba sobre el casco recién quitado.

—Aprovechando este descanso bien ganado, podemos perder tiempo haciendo filosofía barata, Luke. Hace ya más de un año que nos conocemos, y salvo alguna etapa de separación, estamos resultando unos hermanos siameses, incluido Alan.

Luke Ralston acabó de rajar el coco a culatazos, y tras beber ansiosamente el fresco líquido, se secó la boca chorreante con un revés de mano.

En el rostro ennegrecido por el reciente combate preliminar de asalto del islote, sobresalieron las mandíbulas al crisparse.

Barry Morgan, «el hombre duro» de los legionarios que eran los componentes de la 59, dijo:

—Lo que piensas no es posible. Alan es de nuestra misma materia: no han fundido aun el plomo que le derribe

definitivamente.

—Le dieron la misma misión que a nosotros. «Distraer» a los «jap» con el supuesto desembarco por la bahía Sur. Debería ya estar aquí, con nosotros, puesto que en el mapa convinimos que nos reuniríamos en este hoyo, hasta que los demás terminasen la faena.

—Alan es un muchacho caprichoso. Puede que en el camino de vuelta encontrase a una isleña. Es su único defecto: ve a una muchacha, y se vuelve loco. No te inquietes, que yo tengo presentimientos, y en esta ocasión, no me falla. Alan está en pie.

La artillería nipona amenguaba su barrera de fuego, y por las colinas peladas iban ascendiendo las tropas de desembarco.

Para ahuyentar sus presagios tétricos, comentó Ralston:

—Estaría bueno que nos trasladasen a Inglaterra. Eso dijo ayer el capitán. Cambiaríamos de decorado.

—No sé qué demonios íbamos a hacer nosotros en Inglaterra. Estamos especializados en atracos a mano armada. Ésta es la filosofía barata de que te hablaba antes, Luke. Hace más de un año, que dormimos juntos éste y yo.

Barry Morgan dió una palmada en la culata de su ametrallador, añadiendo:

—Y, a veces, temo que se acabe la guerra; ¿sabes por qué? Ya me he acostumbrado a ese juego bonito, de ser llamado por un oficial que me indica sobre un plano la operación que hay que llevar a cabo.

Rió Morgan mientras aceptaba el cigarrillo que le tendía Ralston, y en la pausa de silencio, mientras ambos encendían, vieron en lo alto de una colina, por entre nubes de humo negro, flamear la estrellada bandera norteamericana.

—No tardarán más de una hora en terminar el negocio —opinó Ralston—. No viene Alan… Escucha, Barry, bien quisiera yo tener tu fuerza de voluntad, o tu disimulo de los sentimientos. Pero le cogí ley al muchacho. Hemos visto caer a muchos en torno nuestro, pero siempre quedábamos tú, Alan y yo…

—«Los Tres Mosqueteros», versión corregida y modernizada, año 1944. Va bien, Luke. Si te digo que Alan sigue en pie, hazme caso. En el camino de regreso habrá topado con alguna isleña. Como te decía, temo el final de la guerra. Ayer mismo, cuando el capitán extendió el mapa de este atolón delante de nuestras narices, me

costó trabajo contener una carcajada.

—No te lo habría reprochado el capitán, Barry. Me dijo una vez que si tenías algo de loco, era lógico, porque has salido con vida de algunas misiones dificililllas.

—Me dieron ganas de reír, porque por un instante se me antojó que el capitán era el jefe de la banda, que estaba planeando un atraco. Ya sé, ya sé… No soy un cínico, y lucho como vosotros mismos para evitar que cualquier extranjero se meta en mi casa. Bueno, eso de mi casa es un modo de hablar, porque hace ya tiempo que perdí a mis viejos, y no me trato con mis aristocráticos parientes. Y recuerdo bien, la cara que poníais tú y Alan. Como la de dos «gangsters» aplicaditos en aprenderse la lección. Alan al mando de ocho, saltaría de la lancha al amanecer, por aquí; tú, por allá; yo, por más allá… ¿Y qué pasará cuando nos digan: «Chiquitos, a casita, ya no hay guerra»?

—Pues, que cada cual volverá a su negocio de antes.

—¿Sí? ¿Así de pronto?

—Bueno, costará un poco volver a adaptarse a la vida normal, pero se logrará.

—Según me contaste aquella noche en que pensábamos que nos iban a sepultar vivos, estabas muy aburrido en Jefferson City, llevando la correspondencia de la tienda de perfumes.

—¡Ey, ey! —protestó Ralston—. Yo era el corresponsal y viajante de una sucursal en Jefferson de la casa «Milo» de París. Y no era aburrido, puesto que me daba cada viajecito a Francia, que era la pura gloria.

—¡Bah! Francia tiene mucho cuento… Tanto cuento como mis elegantes parientes, de parte materna. Unos amables sujetos, a los que no puedo ver ni en fotografía. Uno de ellos, es nada menos que conde… Sí, resulta gracioso, ¿verdad? Mi tío, el señor conde Laroche, se puso muy tieso la última vez que estuve por sus dominios campestres. Me manifestó su opinión de que yo era la oveja negra de la familia, y que mis andanzas tenían que acabar mal. Le envié al cuerno.

—Pero si ahora vuelves por allá, el señor conde, tu tío, se pondrá muy orgulloso, cuando le muestres tu colección de medallitas ganadas al tiro al blanco. ¡Maldita sea, maldita sea!

Abandonando el refugio, lugar de reunión de los tres jefes de

escuadras de falso desembarco, que habían servido para distraer la vigilancia japonesa, corrió Ralston hacia la vegetación que distaba unos veinte pasos frente a ellos.

Barry Morgan podía ser tan sentimental como lo era Ralston, pero tenía reflejos adquiridos. Y aunque ya dominaban la situación los de la «59», y la playa aparecía despejada de peligros, se cubrió con el casco, y recogió su ametrallador y el de Ralston, antes de dirigirse hacia el lindero de la exigua floresta que formaba una franja entre la playa y las dos colinas, donde se libraban salvajes cuerpo a cuerpo.

Dejó el ametrallador de Ralston junto a las rodillas de éste, y aconsejó secamente:

—No pierdas la cabeza, muchacho. Vamos a llevarlo allí, y estaremos a cubierto, para atenderlo mejor.

—Se desangra, ¡maldita sea, maldita sea! —sollozó Luke, roncamente, abrazando contra el pecho al malherido.

—Nos desangraremos los tres, si en sus intentos de escapar, los «jap» asoman aquí. ¡Venga! Cógele por los sobacos…

Morgan había asido por las piernas desmadejadas a Alan Chandler, y lo transportaron a la gruta. Preparó rápidamente Ralston lo necesario para la primera cura.

De la caja botiquín de su morral, fué pasando Morgan las pinzas extractoras permanentemente mojadas en alcohol dentro del estuche, las gasas, el tubo de drenaje…

El pecho de Alan Chandler al quedar al descubierto, mostraba una línea de puntos rojinegros, hinchados, tumefactos. Una ráfaga de ametrallador.

Morgan tiró al suelo, con furia, la lanceta extractora, y su diestra pasó por los párpados abiertos del muerto.

Estallando en convulsivos sollozos, Luke Ralston, condecorado por «heroísmo supremo», ocultó el rostro entre las manos crispadas.

Barry Morgan abandonó la gruta, sosteniendo ante el pecho, terciado en banderola, su fusil ametrallador. Buscaba alguien o algo contra qué disparar, desahogando con ruido su íntima pena.

Alan Chandler había sido un jovial compañero, siempre de buen humor, ingenuo, no «tocado» aun por la garra del escepticismo, en sus exuberantes veintitrés años.

Cuando se alistó en los de infantería de marina, todo su afán

había sido ingresar en la sección especial de la «59»: los llamados «Voluntarios de la Muerte».

No era un endurecido como él mismo, o un aventurero que despertó con la guerra, como Luke Ralston. Era, simplemente, un buen muchacho, con la pura valentía del idealista.

Retrocedió Morgan hasta adosarse a la roca esponjosa, junto a la entrada de la gruta, y dirigió la boca del cañón hacia los arbustos y lianas que se iban moviendo al paso de varios individuos.

Fué arqueando el índice. En aquel momento, le daba igual todo, y descuidó voluntariamente la más elemental prudencia, cuyo dictado le aconsejaba parapetarse al interior de la gruta.

Surgieron varios barbudos sujetos, de rostros difíciles de identificar. Camilleros que iniciaban el trágico desfile llevando heridos hacia los barcos-hospital que estaban anclando, y de los que brotaban ya los lanchones de transporte.

Barry Morgan dió soltura a sus músculos, y alzó la zurda en ademán de saludo, correspondiendo a los comentarios de los que desfilaban.

Había terminado la operación. Un islote más en poder de los «barrenderos del Pacífico».

En el interior de la gruta, Ralston, ya calmado, evitó la mirada de Morgan, cuando éste se sentó ante él.

El cadáver de Alan Chandler se lo habían llevado unos camilleros, a los que llamó Morgan. Y por un instante, había tenido éste que contener a Luke, que quería oponerse.

Un instante peligroso, porque mientras le retenía con las manos abiertas apoyadas en sus hombros, vió Morgan en los ojos de su compañero, destello de febril furia.

Por fin, Luke Ralston, se había impuesto a sí mismo. Y ahora dijo:

—El muchacho cumplió como siempre. Vino hasta aquí, para reunirse con nosotros. Cuando le cogí del suelo, aun le quedaba un resto de vida…

—Déjalo, Luke; déjalo. Las heridas se infectan si hurgamos en ellas. Alan ha muerto, y ya no sufrirá… ¡Calla! Hemos sido amigos y lo seremos, pero has de saber de una vez, por todas, que tengo tanta alma como el que más. Lo que me pasa es que llevo tiempo reteniendo de rienda, y puedo parecer a los demás, un bruto. Me

duele como a ti, el haber perdido a un buen amigo de la clase de Alan. Guardemos su recuerdo muy adentro, y «sanseacabó». No me importa que toda la gente me tome por un bravucón pendenciero, insensible. Pero si tú me crees así…, ¡lárgate ya, y hemos terminado!

Luke Ralston se pasó los dedos por las cejas y los párpados. Y fué calmándose de nuevo. Trató de hablar normalmente:

—Nos queda aún media hora para volver a bordo de nuestro transporte, Barry. Oye…, ¿amigos, no?

Barry Morgan sonrió abiertamente. Y el «hombre duro» de los «Voluntarios de la Muerte», tuvo algo de aniñado pueril, cuando adelantó la diestra, y asiendo los cabellos rubios de su compañero, le sacudió la cabeza de un modo, que a otro menos baqueteado, le hubiera mareado.

Luke Ralston sonrió complacido. Aun le quedaba lo mejor que podía hallarse en el mundo: un buen amigo.

Media hora después, el barco transporte número cuatro, recogía a los supervivientes de los batallones cuarto y quinto de la «59».

Y al desembarcar en el campamento base, cundió la noticia: la división 59 iba a ser trasladada a «cualquier» lugar de Europa.

CAPÍTULO II

«2B»

Hacía ya cinco días que las fuerzas de la División 59 iban siendo distribuidas por diversos sectores costeros de Gran Bretaña, cuando en el barracón donde se alojaban los componentes de la Sección Especial, apareció el capitán Mattison, del Estado Mayor de la División.

Cada vez que se presentaba allí, unos cuantos de la Sección Especial, abandonaban el alojamiento, para dirigirse a cierta oficina, en cuyo umbral había tres escudos: el británico, el norteamericano y el francés. Cuando volvían a salir, era para empaquetar sus cosas, y despedirse de los que quedaban, con bromas muy relativas en buen gusto.

El capitán Mattison tenía en gran estima a todos los miembros de la Sección Especial, y era correspondido, porque sabía hacer olvidar a aquellos combatientes endurecidos, que él era un «papelero» nacido en Boston, además. La ciudad altiva, que tenía a gala ser cuna de la supuesta aristocracia americana.

—¿Qué, buena gente? —saludó, Mattison—. ¿Impacientes por visitar los lugares de dulce perdición de la perversa Europa?

—Por ahora, señor, de la perversa Europa sólo vemos niebla, lluvia y envarados bebedores de té —replicó uno.

—A todos les tocará pronto el sacudirse el fastidio, muchachos. Usted, Morgan, y usted, Ralston, vengan conmigo. Los demás, paciencia. Para todos habrá, afortunadamente o desgraciadamente.

En el alojamiento personal del capitán Mattison, los mapas cubrían los tabiques. Mapas que no eran los claros y descifrables de las escuelas, sino enrevesados diagramas a gran escala.

Sentándose en una esquina de su mesa, cubierta de papeles bien

amontonados en sus gavetas, el capitán Mattison tendió su pitillera y después su mechero de oro, a los dos hombres que permanecían en pie ante él.

—Pequeña conferencia preliminar sobre el carácter de un coronel inglés del «I. S.», y un comandante del «2B». Traducción, muchachos: el coronel Hilary del Servicio Secreto inglés, y el comandante Dumesnil del Servicio Secreto francés, han estudiado sus fichas, y quieren examinarles. De momento, estos caballeros tienen sus dudas sobre la eficacia yanqui en el terreno tenebroso y escurridizo del espionaje. Están convencidos que hombres como usted, Morgan, y como usted, Ralston, son magníficos ejemplares de bravura, que supieron aguantar rociadas de plomo japonés, y que en peleas con toda clase de recursos de mala intención, son ustedes campeones. Pero en la madeja del espionaje tienen razón sobrada al considerarse nuestros maestros. Se trata, pues, de demostrar que algún día los discípulos podrán, si no superar, al menos igualar a los maestros. Planteado así el asunto, no se extrañen si el coronel Hilary y el comandante Dumesnil, les hacen preguntas que puedan de pronto parecerles idiotas. Son caballeros veteranos del Servicio Secreto, y yo puedo asegurar que son de la índole de caballeros que cuando preguntan el tiempo que hace, estando bajo un paraguas, hay que sacar la mano y comprobar si llueve, aunque veamos el propio diluvio formar cortina ante nuestros ojos. ¿De qué se guasea, Barry?

—De nada, señor.

—Nos conocemos ya, muchacho. Y cuando usted arquea una ceja, equivale a la rotunda carcajada de los demás.

—Verá, señor… Estaba pensando que ya hemos pasado un buen examen allá por el Pacífico. Los «jap» tenían un oído finísimo, y una vista ídem… Éste y yo conseguimos deslizamos por lugares silenciosos, y meternos en chozas donde hasta un lagarto tenía que pedirme permiso para entrar.

—Les consta a ellos. Pero presumen de que el carácter europeo es infinitamente más complicado que el de un *samurái*. Bien, ya están advertidos y no se extrañen de nada. He querido prevenirles porque no puedo asistir a la entrevista, que se desarrollará entre ustedes y los dos representantes del Servicio Secreto europeo.

Hablando, el capitán Mattison rectificó la posición del nudo de

la corbata «kaki» de Ralston, y después abrochó los dos botones de la cazadora de Morgan. Sonrió:

—La corrección británica es proverbial, como han podido leer en los folletos que han sido repartidos. Verifiquen.

Maquinalmente, como allá en el Pacífico, tras haber asimilado las instrucciones, Morgan y Ralston tendieron sus muñecas, comparando sus esferas con la del cronómetro del capitán Mattison.

—Cabal —dijo Mattison, trazando en el aire con el pulgar y el índice en anillo, el signo yanqui de asentimiento—. Faltan dos minutos para la entrevista. A paso largo, llegan a punto. Hasta luego, muchachos. Pórtese bien, Barry. Me refiero a que frene la lengua.

Dirigiéndose hacia la dependencia donde estaban instaladas las oficinas del mando triple, inquirió, Ralston:

—Nos van a examinar, ¿de qué?

—Pareces algo nervioso, Luke.

—Hombre, yo no tengo tu sangre fría. Al fin, y al cabo, esos dos sujetos son jefazos del contraespionaje.

—¿Y qué? Cuando se levantan se colocan los calcetines en el mismo lugar que nosotros.

Ante la puerta, el centinela inglés terció su fusil. Desde atrás, en la antesala, una voz ordenó:

—¡Paso libre, centinela! Adelante.

Los sargentos «marines» entraron, y el teniente americano les indicó un corredor, precediéndoles, hasta llegar al fondo. Otro oficial inglés abrió la puerta, y en el despacho del coronel Angus Hilary, avanzaron por la mullida alfombra los dos miembros de la Sección especial.

Vinieron a detenerse a un paso de la mesa, llevándose la diestra a la frente, y mirando con fijeza al único superior visible en el halo de luz de la pantalla sobre la mesa.

Un británico de rostro alargado y penetrantes ojos, que inclinó en brusco ademán la cabeza, correspondiendo al saludo.

—Buenas tardes, señores. Siéntense.

A cada lado tenían un sillón confortable, que les recibió muellemente. Vieron las manos del coronel remover dos cartulinas, en las que había una fotografía en una esquina. Parecía como si barajara naipes.

—Hemos estudiado sus antecedentes, señores, y desde este mismo momento han dejado de ser suboficiales con uniforme de la División 59, para quedar adscritos al Departamento de Información.

Barry Morgan ya había comprobado que los dos sillones estaban dispuestos de modo que sus ocupantes recibían indirectamente toda la luz, y tras la mesa, se difuminaba el busto del coronel.

Pero al cabo de unos momentos, tras el deslumbramiento inicial, fué perfilándose la figura del hombrecillo sentado a la izquierda de la larga mesa. Un rostro redondo, un bigote negro en cepillo, y el lustroso cráneo calvo eran los detalles más sobresalientes del comandante Dumesnil.

Unos ojos azules, casi cándidos. Y unos labios gordezuelos, que en francés dijeron:

—Me complace comprobar que su físico es atractivo, Morgan. ¿Cuántas damitas neoyorquinas ha hecho usted suspirar?

En francés tan genuinamente parisino como el de Dumesnil, replicó Morgan:

—Fui yo el que suspiró, señor, por una dama de Brooklyn durante unos años, hasta que murió neciamente.

—Cogida entre los dos fuegos de un tiroteo callejero. Le he quitado la palabra al señor coronel, porque van ustedes a permanecer al «Deuxième Bureau», mientras persistan las actuales circunstancias de guerra. Cuando llegue el armisticio, serán libres de licenciarse como los demás bizarros guerreros, o permanecer en el servicio secreto aliado. Es, pues, una misión de guerra la que hemos de encomendarle, Morgan. Pero bien entendido que es voluntario su ingreso en el «2B». ¿Acepta?

—Sí, señor.

El comandante Dumesnil, siempre en francés prosiguió:

—En sus antecedentes, Ralston, consta un curioso detalle. Vendía usted perfumes franceses por los Estados Unidos, ¿no?

El francés que empleó Ralston, tenía netos acentos sajones.

—Rectifico respetuosa y subordinadamente, señor. Yo era el corresponsal y viajante de una sucursal francesa de perfumería instalada en Jefferson City. No iba de puerta en puerta ofreciendo tarros de pomada. Bueno, perdone, el caso es que me pone nervioso este negocio.

—Expláyese amistosamente, Luke Ralston —invitó Dumesnil.

Tras la mesa, el coronel Hilary parecía ajeno a cuanto se hablaba. Pero sus ojos iban de uno a otro rostro de los dos americanos.

—Me pone nervioso el decorado este, bastante parecido al de un interrogatorio policíaco. Somos novatos en cuestiones de esta índole…

—Perdón, perdón —atajó, con su voz de falsete, el francés—. Ustedes son dos bizarros veteranos en el arte de sorprender al más desleal oriental, física y mentalmente. Lo han demostrado en misiones de infiltración tras las líneas, cuando iban a colocar dinamita en polvorines japoneses. Un heroísmo suicida, por el que les felicito cordialmente. No lo tomen a mal, pero lo de «allá» era como asistir a un baile de carnaval, ruidoso si se quiere, pero inofensivo, en comparación con la misión que les espera. El coronel Hilary es mucho más conciso, y les expondrá rápidamente el simbolismo comparativo. Gracias, mi coronel.

En inglés, Hilary fué exponiendo, manteniendo juntas las yemas de sus dedos, como un profesor que expone un tema antiguo a nuevos oyentes:

—Desde cualquier sitio de la costa, una lancha poco estable, les trasladará, si los elementos no se oponen, a cierto lugar de la costa franco-bretona, la más vigilada por los alemanes, que patrullan el litoral con dogos especializados. Suponiendo que consigan llegar al otro punto que les designará mi colega, encontrarán a cierta mujer que les llevará a determinado escondite. Desde el litoral donde intentarán pisar, hasta el sitio donde espera nuestra agente, hay unos ocho kilómetros en línea recta, la que no pueden seguir. En estos ocho kilómetros se acantonan una división alemana, en primera línea. En segunda línea, patrullas francesas de policía territorial. Y en tercera línea, resistentes desconfiados. Por último, nuestra agente habrá de señalarles el camino problemático para llegar hasta el feudo del grupo resistente, en el que nos interesa que ustedes dos consigan entrar fingiendo ser paracaidistas.

—Los paracaidistas que hasta ahora hemos lanzado por allá, han muerto de diversas maneras —intervino Dumesnil—. Acribillados por los alemanes, delatados por no sabemos quién en otras ocasiones, y los restantes prefirieron morder la cápsula de cianuro que les entrego a mis agentes, a modo de bombón sabroso, que les

evite la peor contingencia: la de ser interrogados por la «Gestapo», que en cumplimiento de su deber, quiere obtener informes… o la otra alternativa idéntica, de ser interrogados por fanáticos resistentes, ajenos al control de mi servicio. ¿Qué opina, Morgan?

—Un panorama encantador. Me recuerda cuando de pequeño jugaba yo a seguir con un lápiz los endiablados trazos de un laberinto. Interesante.

—Con franqueza, Morgan, si le anticipo que existen sobre cien probabilidades, unas cinco de salir con vida en esta ocasión, ¿por qué ha de aceptar? Es suelo francés, no es su patria.

—Ya estoy envenenado, sin necesidad de su sabroso bombón, mi comandante. Antes de esta guerra, me aburría a instantes, y me asaltaban ideas negras. El peligro constante en vez del miedo a perder la vida, me ha dado la alegría de vivir.

—Inteligente respuesta, amigo mío. Son bastantes los que ingresaron en el Servicio Secreto porque con toda su valentía e inteligencia, tenían un solo miedo: el miedo a vivir. ¿Y usted, Ralston? Tiene cinco años menos que Morgan, vivía bien y tenía una situación estable. ¿Para qué ha de aceptar voluntariamente meterse en un infierno como el que les espera?

—Cuando empezó este negocio, me enrolé en la caballería «Underwood». Es decir, me enchufé como secretario de un oficial jurídico militar, montando la silla ante la máquina. Y un día, no sé por qué, me detuve a mirar un cartel que decía que los «marines» eran los modernos cruzados y tal, y todo eso. Una muchacha japonesa abrazada en el cartel al elegante soldado. Oiga, era guapa con ganas… Me he pasado catorce meses como un saltamontes de isla en isla, buscando a la japonesa del cartel. Narices… Sólo me abracé con infectos orientales, y sin el menor cariño. Pero a medida que iban pasando los meses, conocí una sensación que nunca había experimentado: lo bonito que era vivir, sucio, sediento hasta reventar, y de pronto, beber un sorbito de agua en un charco maloliente. Tenía un sabor que no encontré tan delicioso en el mejor champaña de su tierra, mi comandante. ¿Sabe por qué? Porque si bebía es que estaba vivo. Y en estos días de viaje, beber buen *whisky*, me sabía menos a gloria que chupar de un coco, viendo amanecer el sol tras noche negra de pólvora. Caray… Casi resulto un poeta, ¿no?

Por primera vez, en el semblante austero y rígido del coronel Hilary, se dibujó la cordialidad de una sonrisa. Fraternizaba en su espíritu de aventurero al servicio de su patria, con aquellos dos magníficos luchadores sinceros.

Dijo con entonación amable:

—No exageró el capitán Mattison, señores. Creo que ustedes dos son los adecuados para intentar llevar a cabo la misión «Testigos Siniestros».

Barry Morgan arqueó la ceja izquierda, echando una mirada de contenida ironía hacia su amigo.

—¿«Testigos Siniestros»? —repitió interrogando.

—Al igual que las operaciones militares, las nuestras son archivadas desde un principio con alguna mención. Si ésta parece algo truculenta en su nomenclatura, es porque simboliza el estado de cosas que nos interesa que ustedes investiguen. La resistencia francesa ha dado lugar a la creación de ciertos grupos independientes, y algunos de esos grupos son peores que la Gestapo, porque a ésta la conocemos —fué exponiendo Dumesnil—. El grupo que dirige un americano llamado Jock Milton, no ha podido ser clasificado aún. Jock Milton residía en Francia hace años, y en sus antecedentes no penales, consta que era inquieto, turbulento y audaz. Vivía espléndidamente, sin que la policía lograra demostrar que sus fuentes de ingresos no eran honradas. Es en el grupo que acaudilla este hombre, donde han de investigar ustedes. Existen indicios que nos hacen imaginar que, posiblemente, Jock Milton juega a dos paños. Es perseguido por los colaboracionistas y por la Gestapo, pero, sucesivamente, han ido desapareciendo por los lugares donde él opera con sus satélites, testigos que nos habrían podido aclarar si Jock Milton pesca en aguas revueltas, y es el que delata a todos nuestros agentes y a los compatriotas franceses, o la pérdida de éstos se debe a un cúmulo de coincidencias. Eran testigos que para él podrían haber sido siniestros, un día u otro. Jock Milton no tiene filiación política. Era y sigue siendo un extraño aventurero audaz. Bien, en el coche que les llevará a cierto lugar de la costa, tendré el honor de acompañarles y entregarles con el equipaje las instrucciones escritas.

—Instrucciones que según las reglas del juego, quemaremos antes de llegar a la costa francesa, o nos tragaremos como marca la

tabla si aparece algún Gestapo —especificó, seriamente, Morgan.

—No hará falta —contestó, con la misma seriedad, Dumesnil—. Nos gustan mucho las truculencias en el «2B». Cuando estén cerca de la lancha habrán transcurrido exactamente las horas de vida del papel escrito con las instrucciones. Arde, por combustión espontánea, ayudada por nuestros químicos, el papel que leerán durante el proyecto. Cuando quieran, amigos míos, nos pondremos en marcha.

El coronel Hilary, en pie, tendió la diestra. Dijo, tan sólo:

—La suerte acompaña a los audaces inteligentes, señores. Buen viaje.

Una hora después, en el hermético interior de una furgoneta, sobre cuyos dos banquillos laterales caía luz abundante, Barry Morgan, que había ya leído por dos veces el contenido del papel combustible, miró al comandante Dumesnil, que succionaba, melancólicamente, una corta pipa de brezo.

El francés asintió gravemente, al comentar:

—Para eso estoy aquí, amigo mío. Pregunte cuanto sea.

—Resumiendo este manual, resulta que el incendio de casas, las matanzas en masa, los sabotajes de carreteras y ferrocarriles, las torturas, no tienen importancia. Hemos de ser testigos de todas esas bestialidades, cuya finalidad es contribuir a que la guerra termine lo ante posible. Lo que importa es saber si Jock Milton, so capaz de contribuir al esfuerzo revuelto de no someterse al mandato alemán, incendia, saquea, mata y destruye correctamente, o lo hace para provecho propio, y delata a franceses patriotas.

—Exacto. Ahí está el quid.

—Esta damisela llamada Ivette, que ha de servirnos de guía para llegar a las cercanías de donde opera Jock Milton, es el punto obscuro del programa de festejos, mi comandante.

Brillaron repentinamente los ojos azules del francés, que miró con satisfacción a Morgan, aunque preguntó cándidamente:

—¿A qué se refiere, Barry?

—Ustedes sospechan que Milton se carga a los agentes secretos y, sin embargo, Ivette conoce a Milton y sigue viva.

—¡Cabal! —Dió Dumesnil, imitando el gesto yanqui del cero dibujado con pulgar e índice.

Luke Ralston escuchaba atentamente, como un buen discípulo

dispuesto a asimilar el mayor número de enseñanzas.

—Otro quid —prosiguió Dumesnil—. Ivette es bonita, y puede que Milton esté enamorado. O viceversa. Puede que Ivette nos sea fiel, y puede que no. Ustedes lo comprobarán. Lo que quiero dejar bien patente es que entre los japoneses, sabían que cualquier japonés era un enemigo. Ahora van a explorar terrenos, donde sólo podrán tener confianza en dos personas: usted, Barry, en sí mismo y en Luke; y usted Luke, lo mismo, vis a vis de su compañero de fatigas. Hay otra complicación. El código cifrado al uso hasta ayer noche, estaba en poder de Ivette. Es rubia, ojos azules, esbelta y apetitosa. Los de la Gestapo poseen infinidad de agentes femeninos, hablando el puro francés de la legítima Ivette, rubias, ojos azules, etcétera.

—Va bien, va bien —refunfuñó Morgan, aunque íntimamente le complacía el acumulamiento de obstáculos—. Puede resultar que hayan pescado a la verdadera Ivette, y nos espere una Ivette «made in Germany». Y si es la verdadera, que nos lleve al degolladero. Un plan soberbio, ¿no, Luke?

—En estos negocios, lo peor son los diez primeros años. Después, uno se acostumbra. Oiga, mi comandante, ya he captado las instrucciones, pero noto a faltar algo. ¿Se habrá quemado el plano del camino a seguir hasta dar con una rubita bonita?

Dumesnil apuntó hacia Morgan:

—Nuestro amigo tiene el plano metido en el cerebro. Conoce perfectamente Armor, el mar bretón y su costa accidentada, y Arcoat, el interior boscoso y fantasmagórico. Por los alrededores de Quimper, reside el señor conde Fèlicien de Laroche, muy distinguido tío suyo. Ha pasado temporadas por la región de Quimper. De todos modos, como ya los caminos no son los que eran, tendrán tiempo en la lancha de estudiar el croquis que señala los acuartelamientos de las patrullas, los puestos de mando de la Gestapo, y las garitas de vigilancia de los colaboracionistas. El viejo lobo Morvan y su hijo Tonyk les proporcionarán la ropa adecuada. Ya hemos llegado, y yo he de regresar a la civilización. Concreto su misión: cerciorarse si Milton nos ayuda, o es el peor enemigo que tenemos camuflado en el «maquis». Si nos ayuda, sigan con él hasta que envíe a alguien qué se limitará a decir como saludo contraseña: «Salve, César». Mi segundo nombre es César.

—¿Y si Milton dirige una banda de «gangsters»? —inquirió Ralston.

—Empleen veneno, dinamita, o lo que sea, pero no ha de quedar ni rastro de ellos.

En la furgoneta parada, se puso en pie el pequeño francés. Quedaron encorvados los dos americanos. Y el comandante Dumesnil titubeó algo antes de decir:

—La «accolade» parece grotesca, queridos amigos, pero cuando se da con todo el corazón, sopórtenla.

Los besos en las mejillas que daban los generales al condecorar héroes, en abrazo viril, no tuvieron nada de grotesco para los dos americanos, aunque resultaron una novedad.

Al bajar, oyeron amplificado el rumor que ya hacía rato les rodeaba. El oleaje chocando contra los acantilados, en cierto lugar de la costa inglesa.

Un hombre revestido de largo impermeable negro, botas altas, y hundido hasta la nuca el extraño cubrecabezas marinero, brillante y embreado, tendió la mano presentándose:

—Tonyk, hijo de Morvan, amigos.

La furgoneta militar se alejaba ya, remontando el sendero arenoso que serpenteaba entre rocas calizas.

Alzando los cuellos de piel de sus cazadoras de cuero pardo, entregadas en los vestuarios del campamento por el comandante Dumesnil, echaron a andar los dos americanos tras las aplomadas zancadas de Tonyk el pescador bretón.

La furgoneta había llegado hasta el límite posible del acantilado. El sendero era ahora una grieta apta para contrabandistas. Un descanso en el que los pies trabajaban menos que las manos, que buscaban asidero.

El viento resultaba chillón como el graznido de aves agoreras, y cuando pisaban la arena de la reducida rada, quedaba aún suficiente luz de atardecer lluvioso, para que fuera visible la embarcación que se bamboleaba a un lado del peñasco hacia donde caminaba el bretón.

—¿Una lancha, eh? —mascculló Luke Ralston—. Si con este cascarón hemos de llegar al otro lado del charquito, prefiero ir nadando.

—Engañan las chalupas bretonas, Luke. Con un solo palo, y un

par de metros de lona, aguantan los peores temporales… al menos, esto dicen los bretones.

En la plataforma rocosa había una oquedad en la que penetró Tonyk, empujando los maderos que formaban rústico portalón.

Había por mobiliario una tosca mesa de pino, dos bancos, dos hamacas entre garfios, y un hueco en la pared rocosa, que servía de alacena.

Bajo la luz de la linterna colgada del centro en el techo bajo, destacaban los rasgos afilados del canoso y barbudo Morvan Le Goffic, que siguió comiendo pan y queso, tras decir:

—Bienvenidos, amigos. Disponemos aún de quince minutos. Dales el equipo, Tonyk.

Tonyk apartaba ya la cortina que encubría el acceso a otra oquedad iluminada por otra linterna de petróleo.

Unos estantes que convertían aquel recinto en guardarropía, se alineaban botas de campesino bretón, pantalones de recio paño, camisas para llevar cuello duro los domingos, chalecos, boinas y cuanta indumentaria era la usual entre los hombres de Bretaña.

Pero fué el rimero de armas el que atrajo la atención de los dos americanos. Eran metralletas cortas, que tenían cabida en la bolsa interior izquierda del amplio chaquetón de cuero.

Y revólveres «Browning», ligeros en su manejo, de proyectiles mortíferos, pero que abultaban poco.

Al irse mudando, miraba Morgan las «instrucciones» que habían dejado en el suelo, y cuando empezaron a arder, comentó Ralston:

—No falla la química. Pero falló el comandante en su promesa. No nos dió el bombón de veneno.

Hablaban en inglés, porque el bretón les había dejado a solas.

—Todavía estamos en tierra civilizada, Luke —replicó Morgan, que vistiendo ya el chaquetón, y cubierto el cráneo con la amplia boina, palpaba en el rimero una metralleta.

A su lado, Luke Ralston introdujo entre el pantalón y la camisa, una «Browning», reservando el bolsón derecho interior del tabardo de cuero, para los peines de munición de la metralleta y los cargadores.

—Pesaba más el equipo de por allá. Tal como vamos lastrados, los alemanes se arrepentirán de haber empezado una guerra, sin consultar previamente con nosotros dos.

Apareció Tonyk:

—Vamos, amigos. Mi padre Morvan espera ya a bordo.

Cuidadosamente, apagó el bretón las dos linternas, y cerró bien la puerta con la barra exterior, aherrojando el candado con chirriar de gruesa llave.

La chalupa roncaba petardeando por sus dos motores camuflados a popa, y apenas los nuevos agentes del «2B» se hallaban sentados en la angosta camareta central, la proa enfiló hacia mar abierto, hacia «cierto lugar» de la costa bretona.

CAPÍTULO III

EL HOSTAL DE LOS NÁUFRAGOS

Acumular energías durmiendo en las más incómodas posiciones, había sido un entrenamiento rutinario para los combatientes especializados en misiones difíciles, de la 59 División.

Lo que les despertó casi simultáneamente, fué la cesación de uno de los arpegios de la música de fondo que acompañaba el viaje hasta la costa bretona: el rítmico petardeo de los dos motores.

En la obscura camareta de la chalupa, que contraviniendo las leyes marítimas, navegaba con las luces apagadas, sin señal alguna de posición, Luke Ralston tanteó la madera hasta palpar el chaquetón del que se había desvestido para dormitar.

Confortado al tacto, comentó:

—Al no funcionar el gas, este cascarón se mueve como un columpio.

A su lado, también de espaldas contra el banquillo, y tendidas las piernas sobre el suelo, Morgan encendía un cigarrillo entre sus manos en cuenco.

Se oyó como el aleteo de un gigantesco pájaro, y la lona, al ser desrizada, aminoró el balanceo de la chalupa, que, lentamente, recuperó su proyección, menos veloz, pero segura.

La escotilla que comunicaba con el compartimiento de los motores, enmarcó el busto de Morvan Le Goffic, cuyo rostro afilado bajo la capota embreada, adquirió reflejos mefistofélicos, al dejar sobre el entarimado la linterna sorda, que proyectaba mortecina luz a ras del suelo.

—Todo va viento en popa, hijos. Tonyk largó vela cuando acallé los motores, ya que durante unas pocas millas navegaremos por la zona de los faros.

Barry Morgan acercó el punto rojo de su cigarrillo a la esfera del reloj, y replicó:

—¿Los faros? Hace apenas unas tres horas que zarpamos, abuelo.

—Me refiero a los faros que proyectan desde sus castilletes los guardacostas. Pero mi hijo Tonyk está a la barra, y sabe navegar estas aguas.

—¿Y en el caso de que nos aviste un barco alemán, qué pasa, capitán? —quiso saber Ralston.

Parecido a un busto parlante, Morvan le Goffic esbozó una mueca sardónica, cincelada por el reflejo rojizo.

—Como resulta que no tengo permiso para navegar con pasajeros, me fusilarían según manda la Kommandantur. Yo soy un patrón pescador, autorizado a sacar del agua su cosecha, pero no a transportar valientes como vosotros. He hecho ya unos diez viajes, y Santa Ana me protege, porque es lo que dice mi mujer: «Nuestra Santa capitana favorece a los patrones como Morvan». Para cuando no quede un solo *boche* en Bretaña, el comandante Dumesnil me ha prometido un *brick* de tres palos. Bueno, hablando de nuestro patrón, ya me olvidaba.

Alargó Morvan una mano, tendiendo dos diminutos envoltorios, que semejaban cigarrillos de caucho. Aclaró:

—Es el dibujo que muestra las carreteras de la costa, con los puestos de Kommandantur que debéis evitar, y el sitio donde tenéis que procurar llegar. Yo os desembarcaré en Penmarch.

Quitada la funda elástica, extrajeron los dos americanos el rollito de recio papel que envolvía la barrita plateada.

—El bombón —dijo Morgan, mostrando la barrita de envoltorio plateado. Cambió de postura para tenderse boca abajo a alisar el croquis cerca de la linterna.

Morvan Le Goffic anunció:

—Vuelvo a lo mío, hijos. Dejo la linterna, ya que veo sois prudentes, y habéis cubierto por dentro las lucarnas de vista.

Con el índice iba señalando Morgan a su compañero diversos círculos marcados en el croquis:

—La punta de Penmarch es un endiablado conjunto de arrecifes, cortantes y erguidos como hachas. Desde Penmarch hay un mal camino que se une con la carretera general a Rennes, aquí en

Quimper, en cuyas afueras vive mi señor tío el conde Laroche. Pero no realizamos el viaje en su honor. Para llegar hasta el bosquecillo cercano a Josselin, donde hemos de encontrar a Ivette, o quien sea, en el grupo de Dolmen de los Farfadets, hay que atravesar la zona más vigilada, porque los Gestapo emplean todas sus fuerzas en impedir que asomen, bajando de las Montañas Negras, los resistentes que intentan sabotear los caminos de aprovisionamiento de los grupos armados costeros. Conozco algo el terreno, pero de cuando era transitable.

—Ya iremos viendo sobre la marcha, jefe. En realidad, no sé todavía lo que pasó entre vosotros.

—¿Entre nosotros, quienes?

—La familia Laroche y tú.

—Bah… Siempre les supo mal que una Laroche se casase con un vulgar yanqui Morgan. Hasta el apellido les disgustó profundamente, por aquello del pirata gobernador de Jamaica. Y cuando en cierta discusión, porque siempre discutíamos los Laroche y yo, dije que los antepasados suyos eran piratas bretones, la cosa se puso que ardía. Quiso arañarme Bèa.

—¿Quién es ésta? ¿La gata del castillo?

—No tienen un castillo, pero casi poco le falta al barracón de los Laroche. Bèa es mi prima. Una mocosa desgarbada, con más tufos que la emperatriz Bonaparte. Fea, chata y con gafas. Figúrate tú. Tenía dieciséis años la última vez que discutimos, hace ya… pues fué en el 38… seis años. Estará casada con algún atún…

—Parece que hay atunes cerquita.

Los dos a la vez se arrodillaron, extrayendo del chaquetón la metralleta, y empujando con golpe seco el entarimado, comentó Morgan:

—Este ronquido es de lanchón rápido.

Apagada la linterna, apartó Ralston la tela de saco puesta a modo de cortina en el círculo de lucarna. Al exterior todo eran tinieblas, y el bamboleo de la chalupa permitía ver, de vez en cuando, masas negras coronadas de blancor que parecían ir a inundar la embarcación.

Y de pronto, un rayo de luz cegadora barrió repetidamente la cubierta…

—Bien empieza la semana —gruñó Morgan—. Si tuviéramos

siquiera un bote de goma, podríamos esperar sacar partido. No me gustó nunca el agua, donde todo flota como un corcho. Me gusta la tierra firme bajo los pies… Muchacho, valemos un rato largo, para que nos pesquen como atunes. Van a echar los garfios, y comprobarán… Podremos estudiar cuántos son a bordo. Estos lanchones rápidos, tienen tripulación de unos veinte a lo sumo. Una bagatela.

—Ya no nos retratan con el foco, Barry. ¿Oyes? El viejo le da a los motores. ¿Se propone escapar? Será peor, porque entonces nos van a largar cañonazo, y con el agua bajo los sobacos, mal podremos emplear los petardos. Voy a decirle al viejo Morvan que es preferible…

La chalupa adquirió un máximo de velocidad, y cuando Ralston, sobre los codos y rodillas, iba a introducirse en el angosto espacio en que se hallaban los dos motores, se detuvo, porque le retenía por un tobillo Morgan. Giró la cabeza.

Acababa de entrar Tonyk, quitándose el gorro embreado de dos viseras, chorreante de agua, reluciente de embate salado, el largo impermeable negro. Se sentó, riendo satisfecho.

—Debéis valer mucho, o ser muy importante lo que vais a hacer por mi comarca. Nos hizo señal de seguir a toda marcha, un rápido británico. El primer susto fué grande, porque mi padre nada sabía de que era un rápido inglés, el que se nos echaba encima. Por lo visto lo avisó el comandante, y estaremos escoltados hasta las aguas del Raz. ¿Un trago, amigo?

—No vendría mal —aprobó Morgan.

—Bajo el banquillo hay Calvados puro, arenque ahumado y mojama. Vine a daros la novedad. Vuelvo a mi puesto.

—¿Hacia qué hora estaremos en el Raz, Tonyk? —preguntó Morgan.

—Con el favor de Santa Ana, mojaremos en el Raz hacia las cuatro de la madrugada. Hasta luego, amigos.

Extrajo Ralston las provisiones y el frasco de blanco contenido, y hombro a hombro con Morgan, mientras arrancaba de una dentellada vigorosa el primer trozo de salazón consistente, preguntó:

—¿Eso del Raz, qué es, jefe?

—La marea, socavando la costa, forma en Penmarch un bosque de granito. Es pintoresco visto de día. No sé qué tal resultará de madrugada. Ya no es playa para turistas, y habrá dogos olfateando el granito del Raz de Penmarch. ¡Ey! Trae acá.

Quitó Morgan de manos de su compañero el frasco que ya había descorchado, y del que empezaba a beber, confiadamente.

Luke Ralston, buen bebedor de licores fuertes, desorbitó los ojos y tosió agitadamente, hasta que recuperado el normal fuelle, miró al que reía burlón.

—¡Maldita sea! ¡Esto es aguarrás!

—Es Calvados, aguardiente de la costa normanda y bretona. Cuando los atuneros están helados, beben un sorbito de Calvados, y se convierten en radiadores de calefacción. Vamos a dormir un rato, Luke, porque se avecinan días en que dormiremos a medias.

Durmieron profundamente más de siete horas, hasta que les despertó la voz de Morgan Le Goffic, asomado al escotillón:

—¡En pie, hijos! Dentro de quince minutos tocaremos roca del Raz. Eso es, un buen traguito de Calvados y os lleváis provisiones de boca. Todas las que quepan en vuestros bolsillos, sin rechistar. Anda muy escasa la comida por donde vais a viajar, sin cartilla de racionamiento. La noche ha estado propicia y de buen augurio. Una noche negra como el alma de Satanás, y sigue estándolo. Escuchad con atención, hijos. Yo no puedo llegar más allá de la roca en que os dejaré, porque verían la chalupa, con sus faros que lanzan sobre los granitos. Para vosotros es una ventaja, ya que esperando unos minutos, veréis de dónde surgen de pronto los faros transportables que emplean los patrulleros agazapados entre los roquizos. Se trata de que antes de que luzca el día, porque os coparán si no aprovecháis la noche, lleguéis al «Hostal de los Náufragos».

—¿A tientas, abuelo? —sonrió Ralston.

—Casi, hijos. Desde la roca en que os dejaré, os daré orientación. Emplearéis cuarenta minutos para llegar sin que os localicen los faros y los dogos. El «Hostal de los Náufragos» está en la ladera de Penmarch, donde se pudren los pesqueros, privados de salir por la Kommandantur. Es taberna de atuneros, y la regenta Monique Denel, la mujer de Hervé. Cuando lleguéis al «Hostal», dad vuelta y en el patio posterior veréis los cobertizos toneleros. Escondeos allí, que ya acudirá Monique, a la que he avisado que

esta madrugada dejaría yo a dos valientes. Tenéis que hacer día allí y por la noche emprender, el camino hacia donde vais.

—¿Monique Denel es de fiar, abuelo?

El bretón encogió los hombros, triste el flaco rostro.

—Por ahora, lo es. Hoy en Francia, nadie es de fiar, porque reina el terror que no conocimos nunca. El terror de no poder hablar tranquilos. Por ahora, Monique no me ha delatado. Pero su marido Hervé va mucho a París, porque es boxeador de cartel. No me extrañaría que Hervé fuera confidente de la Gestapo. Si supiera que Monique ayuda a valientes como vosotros, correría la sangre por el «Hostal de los Náufragos». Bajo el banquillo éste, encontraréis dos impermeables negros. Van bien porque disimulan en la noche… y protegen de la primera mordedura de los dogos. Id a cubierta, que tengo ya que ayudar a Tonyk en la maniobra.

Acallados hacía ya tiempo los motores, la chalupa avanzaba impulsada por la lona negra, del mismo color en que estaba repintado el casco.

La espuma rociaba la cubierta, y el embate era cortante, mientras los dos americanos, envueltos en el amplio y largo impermeable negro, avizoraban la costa Raz de Penmarch.

Una masa negra que iba perfilándose tras montículos erguidos, escalonándose en el blancor arenoso descubierto por el reflujo de la marea.

Por orden de la Kommandantur costera, ningún hogar debía transparentar luz, so pena de graves represalias.

De pronto, fulguraron vanos haces blancos lamiendo el litoral de la crique del Raz de Penmarch. Fueron moldeando los arrecifes y plateando los monolitos graníticos, hasta que los patrulleros de puestos en centinela, apagaron los focos.

La chalupa viró de lado hasta mecerse, erizada la lona, junto a una roca plana, tras la que estaba protegida de cualquier repentino fulgor del faro mayor, instalado en la torreta alta de Penmarch.

Tonyk enlazó la proa a un resalte roquizo, mientras a popa, Morvan hacia lo mismo. El mar rompía fragoroso en los acantilados al Este y Oeste de aquella *cripe*[1], formando un sordo retumbar constante.

En aquel espacio, el mar encalmado, chapaleaba en su retirada, que se transformaría en impetuosa irrupción al cambiar la fase.

En silencio, tendidas las dos manos, Tonyk sacudió, las de los pasajeros de la aventura que iba a iniciarse.

Morvan estaba ya en un entrante de la masa rocosa, y tras él se izaron a fuerza de puños, Morgan y Ralston, llegando al arco terminal desde el que, a cubierto de toda posible sorpresa, podían examinar el extraño camino que formaba la arena húmeda jalonada por bloques de granito.

Morvan Le Goffic, asiendo por los cuellos a los dos amigos, en abrazo confidencial, fué hablando entre ellos dos; casi juntas las cabezas:

—Id localizando las rocas que os diré. Aquella redonda, a unos treinta pasos en línea recta ante vuestras narices. ¿Vista?

—Vista —asintió Morgan.

—Desde ella, tratad de localizar la Gran Seta, que tiene tallo y caperuza de tal, a unos cuarenta pasos sobre nordeste. Nordeste.

—Seta a cuarenta pasos nordeste —repitió Morgan.

—De piedra a piedra, carrera rápida, vigilando que «*Madame* la Lune» no os traicione. Desde la Gran Seta, hay un trecho bonito, entre piedras, que seguiréis siempre al nordeste, durante unos cien metros, hasta tropezar con un bloque tallado a modo de encajes. Desde los encajes veréis la caliza sudeste que cubre la vista de la ladera donde encontraréis el «Hostal de los Náufragos». No tiene pérdida, porque remontando la caliza sudeste, por la barrancada llegáis al camino que desemboca en el «Hostal». Ahora, esperad unos minutos, para que Tonyk y yo tomemos el largo suficiente. Y que Santa Ana proteja a todos los hombres de buena voluntad y conciencia limpia. Amén. Adiós.

Sentándose, Barry Morgan dió palmada de canto en la rodilla de Ralston:

—Toma asiento, Luke. Hasta el amanecer traidor, nos queda cerca de hora y media. ¿Asimilado el camino?

—Asimilado. Primero la Roca Redonda, luego la Seta, después los encajes, rumbo norte, rumbo nordeste, rumbo sudeste en la barrancada de la caliza, y ya estamos. Me gusta este negocio.

—En pie corriendo por la arena, va bien. Aquí no te vayas a echar si luce doña Luna, o nos retratan. ¿Te acuerdas de los mastines en Guam?

—Eran los mismos perros aunque con diferentes collares. No les

hace gracia el toque de cañón hasta el fondo de la garganta. Y con estas túnicas resbalarán en el primer salto, si nos huelen.

—Bien. ¿Preparado, compadre?

—Listo, señor.

—Objetivo primero, Roca Gorda, compadre.

—A la orden, señor.

Encorvados, parecían dos corredores dispuestos a emprender la salida de cien yardas. El brazo izquierdo de Morgan atajaba el busto de Ralston.

Lo bajó repentinamente, a la vez que daba el salto de unos tres metros, cuyo final era la arena. Corrían los dos encorvados hacia delante, y tocaron la meta, cuando desde varios puntos a distinta elevación surgieron los haces de luz, explorando.

La pálida proyección pasó a ras de la roca tras la que se parapetaban los dos nuevos reclutas del Servicio Secreto.

Distante, tenue, resonó el aullido de un dogo inquieto…

Ralston imitó a Morgan, dejándose resbalar de espaldas contra la base roquiza. Habían practicado mucho aquella forma de avance y como decían ellos, aquí sólo cambiaba el decorado.

En las islas del Pacífico, eran mastines conducidos por japoneses. Ésta era la única diferencia en aquella primera etapa.

Unas nubes descorrieron su telón, y fulgó la luna. Su halo fué ampliándose y entre dientes rezongó Morgan:

—Femenina e inconstante, cuando más la necesitamos, la nube nos abandona.

Pasaba el tiempo y persistía la luna en platear luminosa.

Consultado su reloj, dijo Morgan:

—Tenemos aún larga hora.

—¿Sí? ¿Y aquéllos, qué?

Se recortaba en la loma caliza al sudeste, el soldado con casco, y fusil ametrallador al hombro. Tiraba de la cadena de una traílla de tres dogos, que tensaban el lomo, olfateando en torno.

Permanecieron unos minutos, soldado y dogos, como un grupo escultórico. Por fin, siguiendo su ronda, el patrullero azuzó los dogos hacia el interior.

—De noche todos los gatos pardos, jefe. Dando unas carrerillas podemos estrenar las metralletas.

—Paciencia, que sobrarán ocasiones. Si dentro de un cuarto de

hora sigue la luna importunando, continuaremos adelante.

—Verifico.

Al cabo de unos minutos, volvió a velarse el resplandor que les hubiera delatado.

—Visto el reposo, compadre, daremos la segunda y tercera carrera en el tiempo récord. ¿Preparado?

—Listo.

Resoplando se tumbó boca abajo Ralston, al llegar al dentellado roquizo, que distaba una treintena de pasos de la loma caliza.

Y parecieron coincidir los ladridos numerosos, con las rápidas evoluciones de varios focos, rasando el trecho que acababan de recorrer los dos amigos.

Se impuso al conjunto de ladridos, el estridente toque imperioso de un silbato…

—Ya estamos —comentó Morgan—. Van a venir a comprobar qué sucede por aquí. Si esperamos, estamos copados. Si corremos hacia la loma, nos silbarán los tacones, pero evitaremos que nos cubran desde arriba. ¿Preparado?

—A ello, jefe.

Los ladridos iban siendo más audibles, al ir bajando las patrullas, cuando Morgan y Ralston, surgiendo del borde rocoso, corrieron veloces hacia la loma.

Repiquetearon en la arena, antes de oírse los estampidos, los proyectiles.

Extraída la metralleta, que abrazaba, Morgan enfocó la loma, por la que asomaban dos patrulleros, encañonando sus armas en afanosa búsqueda…

Pulsó el gatillo, deteniéndose en la carrera mientras Ralston seguía hacia la quebrada.

La ráfaga seccionó a los dos patrulleros, que convertidos en muertos peleles, rodaron rocas abajo, soltando arma y traílla.

Bajaron a saltos salvajes los seis dogos…

Fué Ralston el que surgiendo sobre un peñasco, ametralló los veloces bultos grises, de fauces rojas y devoradoras…

Arrodillado, Morgan descargó el resto del peine hacia los primeros patrulleros que avanzaban corriendo y disparando.

Algunos se echaron de bruces, resguardándose; otros quedaron inertes, fuera de combate. Más atrás, un soldado soltó, uno tras

otro, seis dogos.

Por la obscura quebrada corrieron Morgan y Ralston, hasta alcanzar la cima en su arista sur, cortada en precipicio sobre la playa que artificialmente creaba la bajamar.

El primer dogo describió su arco, truncado por el doble disparo de Morgan, mientras Ralston apretaba el gatillo contra la masa ululante que se echaba encima.

Un dogo, destellantes de blancura los agudos colmillos, sopló su aliento a medio metro del rostro de Morgan, que de arriba a abajo introdujo el cañón en las abiertas fauces.

Paró en puntapié el ataque de otro perro, que desgarraba el faldón del impermeable.

Ralston hizo el último disparo y volvieron los dos a emprender la huida, siguiendo Ralston al que, fintando, corría hacia el interior.

En la bajada a saltos, por un instante un proyector de mano siluetó a Morgan y la ráfaga crepitante levantó chispas de la caliza.

Era la caza del hombre en toda su primitiva crueldad. Pero las dos piezas estaban entrenadas en aquel ejercicio.

El negro horizonte parecía haberse convertido en cerco de repentinos estallidos de luz y fuego.

En la protección de unos arbustos, imitó con rapidez Ralston los gestos precisos de Morgan. Dejar la metralleta en el suelo, quitarse el impermeable, tirarlo, recoger el arma y volver a correr.

Iban a converger todos los perros hacia aquel punto, cuando ya las dos piezas de caza mayor, atravesaban a lo ancho el camino de unos tres metros que en la otra vertiente comunicaba Penmarch con los otros poblados costeros.

Apenas dejaban atrás el camino, oyeron el vibrante ronquido de un motor de coche, en cuya baqueta elevada, dándose la espalda, se sentaban tres patrulleros mirando al sur y otros tantos al norte.

Morgan apuntó con el cañón hacia la cuadrada masa de cúspide inclinada en dos vertientes, de la que sobresalía la chimenea blanca.

El «Hostal de los Náufragos».

CAPÍTULO IV

EL MATRIMONIO DENEL

Hervé Denel, varias veces aspirante al título de los semipesados, se removió inquieto en la cama, hasta que, pestañeando, comprobó que en la alcoba habían encendido la luz.

Se incorporó malhumorado, agresivo el chato semblante, dónde las negras y espesas cejas trazaban su dibujo, bajo la estrecha frente coronada por rebelde crin encrespada.

A su lado, sentada contra los almohadones, apretando contra su busto la mañanita de lana, Monique Denel pasó al ataque rápido:

—Te advierto, Bibi, que esta vez no lo he soñado. Son disparos y no muy lejos.

—Bueno, ¿y qué? No será manteniéndonos despiertos como haremos acabar los fuegos de artificio. Tengo sueño, mujer.

La menuda y frágil bretona, contratacó:

—Me pregunto si tienes una piedra por corazón. Hay hombres matándose y tú solo piensas en dormir.

—Si los demás hicieran como yo y se metieran en la cama antes de las once, todos podríamos dormir.

—¿Has oído? ¡Los dogos, esos infernales dogos! Disparan…

—Los dogos no disparan. ¡Ostras! —exclamó el boxeador, al comprobar que el reloj de mesa marcaba las cinco y veinte—. ¡Despertarme a estas horas no tiene perdón! Y ahora, tardaré en coger el sueño, que es lo que suele pasarme, cuando tienes pesadillas.

Monique Denel escuchaba ávidamente los menores rumores procedentes de la loma. El credo higiénico de Hervé Denel la obligaba a dormir con la ventana abierta, aunque una gruesa cortina tamizara la renovación del oxígeno consumido.

El boxeador, volviéndose de bruces, hundió la cara en la almohada. Su esposa permaneció sentada, escuchando.

Oyó el paso raudo de varios coches de la Kommandantur, que ya podía identificar sin verlos, sólo por el peculiar ruido del motor.

Pensaba que el cobertizo bajo el que se agrupaban barriles, aros y haces de maderos, ofrecía escondrijos seguros, si lograban llegar hasta ellos los dos agentes enviados por el Servicio Secreto y transportados por el patrón Morvan Le Goffic.

Permaneció largo tiempo esperando con temor oír mucho más cerca los ladridos feroces, o las metálicas toses de las armas.

A su lado, Hervé Denel había recobrado el sueño, hacía ya largo tiempo. Por fin, ella se adormiló.

A las siete de la mañana, el despertador aguantó el manotazo con que lo acallaba su propietario, y saltó de la cama el púgil, para ir a descorrer la cortina.

Inició sus ejercicios respiratorios antes de efectuar los saltos sin comba, preparatorios de la vigorizante ducha.

Abajo, las dos criadas que acudían desde el pueblo, para servir hasta la hora de cierre, impuesta por el invasor, estaban ya encendiendo los fuegos, preparando el desayuno del matrimonio, y procediendo a la primera limpieza.

Lívido, el día ponía grisáceas manchas sobre la rada y casas de Penmarch, dominadas desde la altura en que se hallaba enclavado el hostal.

Una taberna muy próspera cuando los atuneros podían hacerse a la mar, pero que vegetaba casi sin concurrencia, desde la prohibición alemana, que argumentó que siendo inminente algún intento de desembarco enemigo en la costa bretona, la propia, salvaguardia de los bretones, exigía paralizar el tráfico pesquero.

Ya vistiéndose, Hervé Denel oyó en la alcoba los pasos de su esposa dirigiéndose a la ventana, que cerró. A través de los cristales ella oteaba el camino.

Se veían patrullas recorriendo el pueblo, casa por casa, y otras motorizadas estacionadas por los caminos hacia Quimper y Duarnenez.

Sonrió Monique al pensar que si los «Fritz» buscaban, era porque los dos agentes estaban escondidos en el cobertizo tonelero.

Se abrochaba la blusa, cuando, entrando, preguntó Hervé:

—¿Cómo estás tan mañanera hoy, pequeña?

—Hiciste ruido, Bibi. No te lo reprocho, pero podrías hacer tus piruetas en otro sitio.

Cruzándose de brazos, el robusto atleta, protestó indignado:

—¡Ostras! ¡Ésta sí que es buena! Antes me iba yo a practicar al cobertizo de los toneles, y te opusiste. A ver si nos entendemos, ¿no? Desde mañana vuelvo…

—Bibi, dame un beso, y vamos a desayunar. Prefiero que sigas haciendo el orangután en el cuarto de baño.

Bajaban las escaleras hacia la gran sala pública, donde las mesas y sillas aparecían desnudas de todo servicio y clientela, citando las dos criadas interrumpieron sus menesteres, mirando hacia las ventanas.

Se oyó el trepidar del sidecar parando al iniciar el viraje, y enfrentándose con la fachada.

Después el fatídico coche seguido por dos sidecars más. La Gestapo venía a visitar al matrimonio Denel, y ella se asió temblorosa del brazo de su marido, que dijo ceñudamente:

—Calma, pequeña. Nada tenemos que temer de esta gentuza.

Dos uniformes con ribetes negro al coleto, se estacionaron a cada lado de la puerta abierta por ellos mismos, dirigiendo hacia el fondo de la sala los cañones de sus ametralladores.

Y Constant Ruffec, el voluntario a las órdenes de la Gestapo apareció, erguido, soberbio, henchido de vanidad imperiosa. Tras él, dos bretones más, sus guardaespaldas, entraron.

Ruffec, aproximándose al hogar encendido, saludó:

—Hola, Hervé y compañía. Van a registrar tu propiedad.

—Por mí ya podéis mirar dentro de los colchones y todo, Ruffec.

—¡Comisario Ruffec, dirás, pedazo de bestia!

—Como quieras, comisario Ruffec. Íbamos a desayunar. ¿Hay inconveniente?

—Tendrás tiempo cuando hayamos comprobado si se esconden por aquí dos individuos que estamos buscando desde la madrugada.

Señaló Ruffec el piso alto, hacia el que se dirigieron sus dos secuaces, desenfundando por el camino sus automáticas.

Ruffec miró a Monique Denel, que seguía asida al atlético brazo de su esposo:

—Parece inquieta, señora Denel.

—Lo estoy, comisario Ruffec, porque me asustan las armas —replicó ella, mirando hacia los dos soldados impasibles.

—Las armas no se disparan solas, señora Denel. A menos que nos inviten a usarlas. Tomaré un poco de café con leche, Hervé.

Encaminándose hacia el mostrador, Hervé Denel, mentalmente, dijo:

«Ojalá fuera matarratas». Pero en los tazones era café con leche lo que escanció.

Monique Denel vió bajar a los dos esbirros de Ruffec, que a la señal de éste, abrieron la puerta conducente a las bodegas.

—Va mal el negocio, Hervé, pero tan pronto impere la paz, volverán los buenos tiempos. ¿Está de acuerdo, señora Denel?

—Está de acuerdo —cortó el boxeador.

—Le preguntaba a ella, Hervé.

—Pero como da la buena casualidad de que ella es mi esposa, y tú no traes orden de nada, hablo yo, comisario Ruffec. Me revienta que registren mi casa, pues yo no escondo a nadie.

Salían de la bodega los dos afiliados a la Gestapo, y señaló Ruffec hacia el patio de los cobertizos.

Monique Denel se puso en pie, y dijo:

—Cuidado con mis flores. Será mejor que les acompañe, señores.

—Vamos allá. Mi mujer se preocupa por sus macetas.

En el patio, los dos buscadores se dirigieron al establo, abriéndolo, y empleando uno de ellos la horquilla de hacinar, para hundirla en las pilas de heno, mientras el otro encañonaba, el interior.

Hervé Denel no se dió cuenta que era conducido por Monique hacia el cobertizotaller donde los toneles formaban, al fondo, apilada muralla.

Constant Ruffec probaba la flexibilidad de uno de los cercos metálicos, y preguntó:

—¿Ya no haces toneles, Hervé?

—Me produce más boxear. Y mientras no haya quien compre, no voy a deslomarme aquí.

Salían los dos expertos en registros del invernadero, y pasaron al cobertizo. Las manos de Monique se crisparon en rededor del bíceps izquierdo de Hervé Denel…

Repicaba con la culata uno de los policías de la Gestapo, tonel

por tonel, encima del orificio destinado a la espita.

El otro hacia lo mismo, en otros, pero con el tacón, sin dejar de apuntar al frente. Mordiéndose los labios, Monique trataba de reprimir el castañeteo de dientes.

Fueron minutos y le parecieron años, cuando, por fin, dijo Ruffec:

—Lo celebro por tu anatomía, Hervé. Te aviso solamente, por tu bien, que si alguien viene a buscar refugio, es tu obligación dárselo, y comunicar conmigo. Gracias por el café con leche. Hasta otra, señora Denel.

Hervé Denel acompañó a los que se iban, y cuando los sidecars y el coche bajaban la carretera hacia el pueblo, escupió en el dintel.

Desayunó copiosamente, en silencio, como acostumbraba. Pero de vez en cuando, al saber que no le veía su esposa, deslizaba hacia ella una mirada intrigada.

Boca abajo sobre la arqueada superficie inclinada de tejas de uralita, cubiertos por la lona que olía a establo, Morgan y Ralston dejaron transcurrir cierto tiempo, después de haberse alejado el ruido de los motores.

Alzando en visera el extremo de la cuadrada lona que había ido a recoger en la cuadra, al oír detenerse los sidecars y el coche ante el hostal, dijo Morgan:

—Ya podemos volver a nuestros toneles.

Se deslizaron hasta el suelo, dejando la lona protectora sobre el tejado del cobertizo, y fueron a sentarse al fondo, entre las hileras de apilados toneles, y una barrica grande en pie.

—Debió pasar un mal rato la costilla del pugilista —opinó Ralston.

—Hasta la noche, hemos de descansar. Primer turno para ti, Luke. Me despiertas a las doce.

—Okey.

Eran las once y cuarto, cuando Monique Denel se dirigía hacia el invernadero construido rudimentariamente por su esposo, pero que cumplía la misión a que era destinado.

Cerciorándose de que no era vista, iba a dirigirse hacia el cobertizo de los toneles, cuando se sobresaltó…

Latiéndole el corazón aceleradamente, se tranquilizó al

reconocer a Hervé en el que se acercaba.

—Me has asustado, Bibi —sonrió ella, nerviosamente.

—¿Por qué?

—Como no tienes costumbre de estar por aquí a estas horas, y te creía en el pueblo…

—Deja tus flores, y vamos a echar un vistazo al establo, que estuvieron removiendo esos gandules.

En el establo, hizo correr Hervé la puerta, y se adosó a ella, cruzados los brazos.

—Bien, estoy esperando.

—¿El qué, Bibi?

—Déjate ya de mimos, gatita. Soy muy hombre yo, para que me engatusen asquerosamente. Nunca te he visto cómo esta mañana, tan fuera de ti. Me hincaste las uñas cuando Ruffec y sus perrazos, palpaban los toneles. Escucha, pequeña… Yo te dije una vez que lo mejor era apartarse de los líos… Y también te dije que te enviaría al hospital si me mentías. ¿Están escondidos en casa los que busca la Gestapo?

—Pero, Bibi, ya has visto cómo…

Se calló ella, retrocediendo asustada, al ver el rostro brutal crispado en mueca furiosa, del que avanzaba vuelta la diestra del revés…

—Por última vez, pequeña, antes que sea irreparable. ¡Di la verdad!



Antes que sea tarde. ¡Di la verdad!

Cayó ella sentada en la paca de heno que le cortaba el retroceso, y, cubriéndose el rostro con las manos, murmuró:

—No quise decirte nada, Hervé, para evitar que algún día pudieran ellos hacerte daño. Yo odio al invasor, odio a los canallas como Ruffec, odio… ¡Perdóname, Hervé! No te dije nada, para

evitarte…

—Debería darte una paliza que te sirviera de escarmiento. Desgraciadamente te quiero, te llevo en la sangre y en el alma… ¿Quién te indujo a hacer esto? ¿Cuándo?

—Juré el secreto.

—¿Conmigo también?

—Fué Morvan Le Goffic. Él como yo, como todos nosotros, deseamos volver a ser libres.

—Morvan es hombre. Y en esta guerra, no luchan las esposas a espaldas de sus confiados maridos. Hiciste mal en callártelo, porque supón que llegan a encontrarlos… Y no estando yo en el secreto, ni siquiera hubiera podido mover un dedo. Vuelve a casa, pequeña. Vas a venir conmigo.

—¿A dónde, Hervé?

—Diremos que vamos a París, pero nos largaremos al Sur. Ya no podría vivir tranquilo yo, pensando que de un momento a otro, pudiera Ruffec venir con sus verdugos, a buscarte…

—Si huimos será peor, Hervé. Están muy vigilados todos los caminos, y nuestra huida lo descubriría todo. Además, los dos agentes del servicio secreto, debieron esconderse en otro sitio. Y si nos vamos, incendiarán el hostal.

—Que se pudran sus cenizas. Total, lo tenemos asegurado contra incendios y riesgos de guerra. Cuando no haya alemanes por Bretaña, nos pagará la Compañía el seguro.

Minutos después, en la alcoba, dijo Denel:

—Voy a encerrarte, y no armes alboroto, pequeña.

—Pero ¿qué vas a hacer?

—Pensar. Y necesito estar a solas, lejos de tu mirada. Quieta, y tranquila. No me apetecía verme complicado, pero ahora ya no tiene remedio.

Cerrando por fuera, el boxeador estuvo paseando por el piso alto, hasta que, bajando con rapidez las escaleras, se dirigió al cobertizo tonelero.

—Barry, despierta. Ha asomado el púgil, y viene hacia acá.

—Viniendo solo, hay que escucharle, si quiere hablar.

Hervé Denel, asiendo el largo mazo, repitió los tanteos exploradores en los primeros toneles. Retrocedió en ágil salto, y permaneció con las manos apoyadas en el mango, al sorprender a

los dos hombres sentados contra la pared, tendidas las piernas ante ellos, y atravesada sobre los muslos la metralleta.

Un silencio tenso, que rompió Morgan al saludar, en perfecto francés:

—Buenos días, Hervé Denel. Supongo que será inútil que le digamos que estamos esperando el autocar. Bajamos en paracaídas, y nos quedamos arriba en el tejado éste, mientras registraban los Gestapo.

—Y si la Gestapo les encuentra, me hubieran fusilado a mí.

—Lo admito, pero es la guerra, Denel.

—¡La guerra vayan a hacerla en las trincheras o metidos en un tanque! Bien… Ya lo hecho no tiene remedio. ¿Cuándo se largan?

—A la que anochezca. Antes, sería comprometerle a usted.

—Monique no debió nunca intervenir en este peligroso juego. Pero ya está hecho.

—Era ella la que tenía que venir a vernos, Denel.

—La puso nerviosa el registro. Huiremos hoy mismo, porque si cogen a Le Goffic y habla, nos fusilarían a Monique y a mí. A media tarde les traeré provisiones. No se muevan de aquí dentro, porque rondan siempre agentes de la Gestapo. Y hay clientes que asoman a beberse un trago, y son confidentes de la Gestapo. Hasta luego. Si viene alguien en coche, vuelvan al tejado. Podría ser otro registro.

—De acuerdo, Denel —asintió Morgan.

El boxeador se alejó, y Morgan apretó, significativamente, el antebrazo de su compañero.

Cuando Denel estaba ya fuera de vista, murmuró Morgan:

—No me gusta este chico. Le debe haber sentado cómo un puntapié encontrarse con una esposa conspiradora. Quieto tú aquí.

Ralston desde su sitio, vió a Morgan deslizarse junto a la tapia lateral, y probar la resistencia del tubo de desagüe de lluvia que bajaba desde el techo a un barril como recipiente.

En la ascensión hasta la galería cubierta del primer piso, no empleó Morgan más de un minuto.

Y a través de los cristales vió pasear a Monique Denel, a todo lo largo de la alcoba, cuando cruzaba por el abierto marco del cuarto de baño.

Repicó suavemente en el cristal, y a la segunda vez que ella pasaba, le oyó. Acudió corriendo, y abrió.

Morgan, pasando al interior del cuarto de baño, habló aprisa:

—Vino su marido, pero Morvan Le Goffic me aseguró que sólo usted sabía que íbamos a venir, señora.

—He visto a Hervé bajar hacia el pueblo… Pero es incapaz de delatarles, porque supondría mi muerte, y él me quiere.

—¿Tiene unos prismáticos?

—¿Eh? ¿Qué…?

Hacía ya un instante que, atravesando la alcoba, Morgan veía las escalonadas terrazas edificadas que formaba el pueblo, en semiarco en torno a la bahía, donde se agrupaban, anclados, los pesqueros.

—Unos prismáticos, unos anteojos. Siempre los hay en las casas marineras… o así lo espero.

—En el armario, conservamos el catalejo de mi suegro, que…

—¡Aprisa, señora! Después me lo irá contando.

Cuando ella, a su lado, le tendía el catalejo marinero, preguntó Morgan:

—¿Cuál es el cuartel alemán?

—Los patrulleros se alojan en la alcaldía, que no se ve desde aquí.

—¿La Gestapo, dónde tiene sus oficinas de sucio trabajo?

—Aquella casa con bandera gamada en el torreón, junto al parque de los molinos de trigo.

El cristal de muchos aumentos enfocó el torreón señalado, y después las verjas que en la acera se truncaban con dos garitas, una a cada lado, del abierto umbral. Un jardín, una alameda, y el edificio requisado, donde los que entraban amanillados, nunca volvían a salir:

Musitó ella, entre sollozos:

—Hervé no es capaz de delatarme, no…

—Tampoco le creo un hombre capaz de delatar a su esposa, pero la verdad es que ha ido hacia el pueblo. Y tengo gran interés en saber si estamos seguros en el hostal.

—Puede volver…

—Desde aquí le veré, y regresaré a mi sitio.

Divisaba el paso rígido de los dos centinelas, cruzándose ante el umbral. Uno de ellos lucía, sobre la afilada nariz, unas gafas de intelectual…

Un buen catalejo de marinero, el del piloto de altura Yvon

Denel, muerto tranquilamente sin haber conocido la ocupación alemana.

Hervé Denel entró en un bar, dirigiéndose hacia la cabina telefónica. Marcó el número del edificio que antes había sido propiedad de un industrial conservero, que con su familia huyó al tener noticias de la llegada de los invasores.

—… Quiero hablar urgentemente con el comisario Ruffec.

—Un momento, por favor.

La delaciones anónimas eran frecuentes. Al cabo de unos instantes, la voz de Constant Ruffec resonó en el auricular que sostenía Denel:

—Comisario Ruffec al habla. Diga.

—No quisiera que me vieran entrar en tu residencia especial Ruffec. ¿Dónde puedo hablar confidencialmente contigo?

—La prudencia excesiva la comparto. No acudo a citas.

—Es algo importantísimo, Ruffec.

—La situación de lo que llamas mi residencia especial, es tan discreta, que puedes entrar sin ser visto. Hacia esta hora, la gente se dispone a tomar el aperitivo, lejos de aquí. Pero puedes informarme por teléfono, ciudadano.

—Es largo de contar. Voy allá. Que no me impida el paso el centinela.

—Cuando llegues a su altura, dile la contraseña de hoy… para tu uso solo. La otra, es secreto de Estado. Dile: «Tengo prisa, Gretchen».

Minutos después, seguro de que nadie le veía, Hervé Denel entró rápidamente, tras decir al centinela la consigna inventada por el comisario Ruffec.

Constant Ruffec pestañeó al ver entrar en su despacho al boxeador, al que consideraba un solapado hipócrita, que no era resistente declarado por cobardía moral.

—Hola, hola, Hervé…

—Vamos a hacer un trato, Ruffec. Mi mujer se sintió retozona, y trabaja para los ingleses.

Un profundo asombro se plasmó en el astuto rostro de Ruffec. En Penmarch era sabido que el boxeador adoraba a Monique, la exquisita muñeca moldeada como una tanagra.

—No te forjes ilusiones, porque somos del mismo gremio,

Ruffec. Sólo que yo trabajo en París, donde en cada viaje presto algún servicio, porque en las salas de «*ring*», se habla mucho, y nadie desconfía de mí. Tengo el carnet número ochenta y siete, clase B, del personal adicto de la calle Montseau. ¿Te gusto en esta foto?

Ruffec, al acabar de examinar el carnet de la Gestapo, lo devolvió sonriente:

—¡Menuda sorpresa! Nunca lo hubiera imaginado. Corrieron rumores de que escupías siempre que pasaba alguno de nosotros… Comprendo, una buena pantalla. Pero ¿dices que Monique trabaja para, los ingleses?

—Hay dos agentes del «2B» escondidos en el hostal.

Expuso Denel cuánto había pasado, y, tras una pausa pensativa, dijo Ruffec:

—Te pueden culpar de negligencia.

—He prestado los suficientes servicios, para que no me acusen de esto. Verás, Ruffec… Cuando Alemania triunfe, seré nombrado «monitor» jefe del grupo de espectáculos deportivos, y seré alguien. Podemos hacer un buen servicio. Si pescas a los agentes, no sacaremos nada en limpio. A partir de ahora, Monique trabaja para nosotros, sin saberlo, y así se podrá seguir el paso de los agentes que vayan llegando, y encontrar lo que es más importante: con quién traban contacto. ¿Te das cuenta?

—¡Magnífico, Hervé del demonio! —exclamó, riendo, Ruffec—. Engañas con tu cara de bruto, y eres más listo que una ardilla.

—Yo puedo ofrecer a los agentes mi carro tonelero, escondiéndolos. Diré a Monique que tenía que sacarlos sin peligro, por nuestro propio bien. Y allá donde los deje, que les siga la pista otro de nosotros. Un buen servicio así, es el que premian mejor en París. Has de aprender, jovencito.

—¡Y yo que siempre creí que Monique te llevaba por donde quería!…

—La quiero, y nunca sabrá nada. Es mejor para nuestro servicio, y los alemanes reconocerán que les he servido bien. Les ofrezco una indirecta aliada en Monique. Caerán muchos más, y las redes de resistencia con las que traban contacto. Comunica a las patrullas que mi carro tiene paso libre, aunque finjan detenerlo, pero me den paso al ver mi salvoconducto. Y cuando se vayan ellos, ya no es

cuenta nuestra si los pierden de vista. ¿De acuerdo?

—Chócala, viejo. Te has labrado un porvenir sólido. ¿A qué hora, sacarás tu carro?

—Hacia las dos. Dame un salvoconducto para circular por toda la comarca.

Minutos después salía Denel aprisa, y a paso ligero remontaba la carretera hacia el hostal.

CAPÍTULO V

VÍA LIBRE

Barry Morgan se apartó de la ventana, y se dirigió hacia el sillón donde hacía ya largo rato estaba sentada Monique Denel.

Dejó el catalejo sobre una mesita, y advirtió:

—Viene su marido, Monique…

Ella le miró con trágica expresión interrogante en los ojos.

—No, no entró en la sede de la Gestapo. Pero ya que dijo que tenía que pensar, no sería indiscreto que yo pudiera escuchar las conclusiones a que ha llegado tras su paseo reflexivo.

—Me parecerá desleal, saber que usted escucha, Hervé lo ignora.

—No es deslealtad. Es su obligación, como francesa, y mujer de la que dependen muchas vidas. La de los Goffic, y…

—De acuerdo. En aquel armario, podrá oír, pero ya verá como Hervé quiere ayudarme. Es natural que necesitara pensar, puesto que ignoraba que yo escondía agentes amigos de Francia.

En el interior del empotrado armario donde Monique había apartado perchas de las que colgaban sus vestidos, Morgan meditó que tenía razón el psicólogo Morvan Le Goffic.

Hervé Denel no era trigo limpio. ¿Por qué había salido sólo de la Gestapo, y no con fuerzas armadas? Si quería a Monique, debió ir en busca de un arreglo, que no hubiera logrado, a menos que mereciera la confianza del servicio secreto alemán y sus representantes en Penmarch.

Permaneció junto a la ranura entreabierta de los dos batientes, al oír abrirse la puerta.

El susurro de un beso, y la voz de Denel:

—Me convenciste, pequeña. Y no quiero que mi esposa me tenga por un cobarde. Sería necio huir, sería delatarnos. Ya comparto tus

riesgos, pero no quiero que pesquen a tus protegidos por los contornos. Tengo mi salvaconducto de circulación, y transportaré toneles, esta misma tarde, hacia las dos. Diles a ellos dos que consiento en llevarles a dónde quieran, pero no podré repetir el trabajito la próxima vez que tengas visita clandestina y patriótica. Ya encontraremos otros medios, tú y yo, pequeña. Vamos a comer, que son ya las doce y media, y llevará tiempo el asegurar toneles y barricas.

Esperó Morgan unos minutos, mientras por la escalera Monique sentía deseos de decir que la conversión de su marido al patriotismo activo había tenido por testigo a uno de los agentes del servicio secreto.

Prefirió callarlo, porque a lo mejor se enojaba Hervé considerándolo una falta de confianza en él.

Poco después, Barry Morgan, al sentarse junto a Ralston, encendió un cigarrillo y dijo:

—Tenemos vía libre, Luke. A las dos, a plena luz, emprenderemos la marcha.

—¿Te mareó el perfume de la francesita que te abrió la ventana?

—El pugilista nos llevará en coche. Bueno, en carro, hasta donde le digamos.

—Un tipo valiente y noble el muchacho. A veces, demasiado desconfiado, Barry.

—Y nos llevará hasta Lorient.

—¿Lorient? Me parece que en el croquis, Lorient se aparta mucho del lugar al que tenemos que llegar.

—Mucho, pero la carretera desde aquí a Lorient, pasa por Quimper, Concarnó y Quimperlé. Nos apearemos por el camino.

—Dijiste antes que el boxeador nos llevaría hasta Lorient.

—Eso es lo que le diré, pero nos apearemos donde nos convenga, y a otra cosa.

—Tú llevas el carro.

—He visto a Denel entrar en la casa donde anidan los buitres de la Gestapo. Estuvo unos veinte minutos, salió solo, y acaba de decirle a su mujer, que nos llevará a dónde nosotros le digamos a ella. Está claro.

—Como una noche de fiesta en el barrio negro, dentro de un túnel.

—Denel ha entrado libremente en un antro donde los sospechosos de patriotismo, no vuelven a salir. Es, por lo tanto, cómplice de la Gestapo.

—¿Y, entonces, qué? Hijo mío, renuncio a pensar. Tú llevas el mando, avísame cuando haya que entrar en acción. Aquí, no sabe uno quién es el japonés y quién es el cristiano. ¡Ahí viene la francesita con cara risueña, la pobre!

Monique Denel, al llegar junto a la barrica tras la que se sentaban los dos agentes, habló con volubilidad:

—Ya oyó lo que dijo Hervé. Desde ahora, él y yo colaboraremos en el Servicio Secreto, y compartiremos los mismos riesgos. Dentro de unos momentos, Hervé atelará el carro, y vendrá aquí a cargar toneles. Enviaré las criadas al pueblo, y así ustedes podrán ayudar a Hervé. Les llevaremos a dónde deseen, porque tiene Hervé un salvaconducto de transporte por carretera.

—¿Usted vendrá también, Monique? Es arriesgado.

—Antes, en tiempos normales, acompañaba yo a Hervé. Y ahora, más que nunca, quiero estar siempre a su lado. Y así saliendo a las dos, en pleno día, menos desconfiarán los puestos de control. Hasta pronto, señores.

Cuando se hubo ido casi corriendo. Barry Morgan murmuró:

—La papeleta de los agentes «2B» es más complicada de lo que suponía, Luke. Tengo que cascarle el cráneo a Hervé Denel, para evitar que traicione a otros muchachos. Pero, estando ella, resulta molesto. Y ella no puede volver aquí, sin Hervé… ¡Al diablo! Resolveré sobre el camino. Lo esencial es que tengamos vía libre hasta el kilómetro anterior a Quimperlé.

—¿Vas a… matar a Denel?

—Es la guerra, compadre. Si Denel continúa con su labor de zapa, serían muchos los que iría llevando al degolladero.

—No acabo de entender este negocio. Si sabe la Gestapo que estamos aquí prensados entre toneles, ¿por qué no vienen por nosotros?

—Lo leíste en las instrucciones, Luke. Lo que interesa no es el hombre en sí, en su función de espía o agente, sino tratar de coger a la banda entera. En otros términos: Hervé nos dejaría donde le dijésemos, y sin darnos cuenta, seríamos vigilados y, al parecer, disfrutaríamos de vía libre, hasta que al reunirnos con Ivette, nos

coparan. Bien, este negocio, como dices tú, no es dar la cara, sino disimular, y luego pegar fuerte. Ahí va el campeón…

Hervé Denel atravesaba el patio a lo largo, y penetró en el establo. Luke Ralston comentó, desilusionado:

—Siempre pensé que los atletas eran buenas personas o, al menos, incapaces de doblez.

—Puede que Denel fuera así en la vida normal, pero los aires que corren por estas comarcas, hacen que sólo podamos confiar tú en mí, y yo en ti.

—Denel se va a oler que le tengo ojeriza, por engañar así a su pobre esposa.

—No se dará cuenta, porque es lógico que dos «viajantes» como nosotros, tengamos desconfianza hasta de la sombra que proyectamos.

Un robusto percherón de gran alzada, calzado como en la crin, de largo pelo blanco, era conducido del bridal por Denel, que le empujaba la testa a un lado, hasta conseguir que el largo carro descubierto, presentase la parte trasera frente al cobertizo.

El boxeador hizo bajar el portalón, que en plano inclinado servía para hacer rodar, con la ayuda de viguetas, los toneles en carga y descarga.

Ceñudo, avanzó hacia los dos agentes que se incorporaban, y dijo:

—La señora Denel está tan contenta sintiéndose Juana de Arco, que ha olvidado preguntarles a dónde han de ir.

Barry Morgan apuntó con el pulgar hacia el Oeste:

—Tenemos que llegar a Lorient.

—Lorient es el puerto más vigilado de la costa Sudoeste bretona. No darán ustedes dos pasos sin que los cacen.

—En realidad tenemos que llegar al kilómetro dos de la carretera entre Lorient y Carnac.

—Bien… De aquí a Quimper, tardamos una hora larga. Otra para pasar por Concarnó y Quimperlé, trecho que cogerá de noche… Bien, ayuden a izar los toneles que designaré. Pondremos al fondo, contra el pescante, estas dos barricas, que serán sus escondites. Aseguraremos a cada lado tres barricas iguales, y centraremos la carga con toneles. Es labor fácil para hombres fuertes como ustedes, y más cargando en vacío. Por esto he puesto

sólo un caballo.

Los tres hombres realizaban la maniobra de carga sin hablar entre ellos. Cuando iba pasando Denel las cuerdas de amarre, sugirió Morgan:

—Se juega usted la vida, Denel.

El boxeador torció la boca en rictus avinagrado:

—En Bretaña dicen los viejos lobos de mar, que cuando el vaso se lo sirven lleno, hay que apurarlo. Y esto me ha sucedido a mí. La señora Denel se sintió heroína, y si hasta hoy no me enteré, ahora ya es tarde para cruzarse de brazos. Vayan ya instalándose.

Se alejó Denel hacia la casa. Y Morgan se encaramó por un lado del largo carruaje, hasta introducirse en la barrica, donde apoyando los codos sobre el reborde, rozaba su cabeza el respaldo del asiento cubierto de toldo de lona.

En la barrica de al lado, opinó Ralston:

—¡Es formidable lo que puede engañar un tipo así! Hablaba como un resignado maridito, el muy lagarto. Oye, Barry… Sería demasiado brutal que ella viera cómo das el pasaporte al púgil. Ya sé que es un cerdo traidor…, pero para ella es su marido.

—Llegado el momento, tú la alejarás a ella. No me gusta esta faena, Luke, pero no hay más remedio. Hombres como Denel, envían cientos de semejantes al degolladero.

Comprobaron ambos que la cubierta circular podía atraerse desde dentro, escondiéndolos del todo, y dejando respirar. La postura no era muy cómoda, y rozaban las rodillas con la barbilla, al quedar sentados pero habían soportado peores posiciones.

La tarde gris, se deshacía a instantes en llovizna helada, pero la cobertura de lona del pescante, se prolongaba con otra que, en pendiente, cubría la carga.

Emergiendo de nuevo, ambos quedaron en pie, llegándoles el borde de la amplia barrica a medio pecho. Hervé Denel izaba a pulso a su esposa en el pescante, y ella al sentarse, volvióse sonriente.

Tenía algo de Caperucita Roja con el impermeable de capucha, forrado interiormente con lanilla. Anunció, resplandeciente de contento:

—Tendremos vía libre, porque el propio Ruffec al informar sobre Hervé, dijo que era un «tibio», que podía ser muy batallador

en el «*ring*», pero que no tomaría armas contra el invasor. Y ya ven, por mí, por amor hacia su pequeña Monique, está exponiendo la vida.

—También la expone usted, pequeña —rió Ralston, íntimamente apenado.

Morgan prestaba oído a las manipulaciones de Hervé, que hacía rodar algo sobre los últimos toneles. Un fardo pesado, circular, envuelto en una colcha, y sujeto por correas de porta-bagajes…

Poco después subía Denel al pescante, tras abrir la puerta de salida del patio, y arrancaba el carromato, y cuando traqueteaba ya por la carretera apuntando hacia Quimper, exclamó ella, repentinamente:

—¡Bibi! Dejaste abierta la puerta…

—¿Ya, qué más da? —rebatió hoscamente el boxeador, encogiendo los amplios hombros, mientras hacía restallar las riendas—. La hiel está servida, y hay que beberla.

—¡Bibi! Me molesta que emplees el calificativo de hiel, para hablar de esta misión patriótica. Somos como granitos de arena, pero todos forman el edificio que devolverá a Francia el derecho de ondear su libre bandera.

—La señora Denel es una romántica exaltada, señores —dijo el boxeador, que se alzó a medias, añadiendo—: Lleva un poco las riendas, pequeña, mientras me entiendo con nuestros huéspedes a la fuerza.

Cambiaron ellos dos de sitio, y quedó de perfil Denel, mirando alternativamente a los dos hombres que se sentaban al borde de sus provisionales escondrijos.

—Es necesario que me oigan con calma, señores. Ustedes serán muy héroes, y la patria francesa les agradecerá cuanto por ella hacen, pero yo soy hombre de poco temple. Puedo pelearme en un «*ring*», y si fuera preciso empuñaría el fusil, y al toque de clarines iría a la trinchera. Pero meterme en esta sanguinaria guerra secreta, ni hablar… y menos, arriesgando en ella la vida de mi mujer. Tú miras hacia delante, pequeña, que aunque el caballo sea pacífico y como a mí le guste la línea recta, puedes volcarnos en la cuneta.

Luke Ralston pensó que aquel boxeador era un caso único de cinismo. Hablaba como un buen burgués preocupado por su esposa.

—Hoy he sabido que la señora Denel, jugaba a hacerse la

Mata-Hari.
Y yo me casé para tener esposa tranquila. ¡Te callas, pequeña, porque ahora se ventila la piel nuestra! Escuchen con calma, señores. No me consultó la señora Denel para dedicarse a este peligroso menester de facilitar escondite a los agentes que por mar trae Morvan Le Goffic. Tiene ella un código, y transmitirá a Londres, que el «Hotel de los Náufragos» ya no es sitio seguro. Yo quiero morir de puro viejo, aguantando el geniecito de mi pequeña Monique. Y por eso, cuando el carro llegue por Concarnó, que será ya de noche, ¡para ustedes el carro, los toneles y el caballo! Es el regalo de Hervé Denel. Arderá mi casa, y nos buscarán los de la Gestapo como a alimañas, pero tengo un escondite, seguro para pasar el tiempo que queda hasta, que los valientes como ustedes, vayan limpiando de Gestapo la tierra bretona.

Barry Morgan, ladeado el rostro, escuchaba perplejo. La sinceridad de Denel resaltaba…

—¡Bibi! ¡Los «Fritz»! —exclamó ella, con voz trémula.

—Sigue tranquila, pequeña. Salvo que se crucen en la carretera, continúa adelante.

De una casa al borde de la carretera acababan de salir dos soldados cuyo abombado casco cubrenuca, era identificable de lejos. Se colocaron en el centro de la carretera, y otros dos coches que venían en sentido opuesto, se pararon también.

Hervé Denel, habiendo tirado de las riendas, y rodado la manivela de freno, se inclinó a un lado del pescante, mostrando un papel.

El soldado que al llegar a la altura del coche, había saludado hacia Monique Denel, llevándose la diestra al portafusil, echó una ojeada al documento, y dijo en gutural francés:

—¡Sigan camino, vía libre, buen viaje!

Reanudó el carromato su marcha, y a unos cien metros de distancia del primer puesto de control entre Penmarch y Quimper, Hervé cedió las riendas a Monique, volviendo a su anterior posición.

—Esto que han presenciado ha sido pura comedia, señores. Planeada entre Ruffec y yo. ¡Ocúpate de las riendas, y no respingues así, pequeña! Tienen estos señores un perfecto derecho a saber por qué, de pronto, me he convertido en resistente a la fuerza. Yo amo a

Francia como el que más, pero como amo también a Monique, quiero apartarla de la labor impropia de su sexo en que se colocó al dejarse convencer por Morvan Le Goffic. Cuando esta mañana vino Ruffec, me di cuenta que tenía sospechas. Ustedes supieron esconderse bien, y pasó el peligro. Pero si cada vez que entran agentes, registran Penmarch, la costa, los hoyos, y hasta el cementerio, y no dan con los agentes, acabarían por coger a Monique y hacerla pedacitos torturándola… Hoy realiza Monique su última acción heroica, porque lo mando yo. ¿Les parezco poco patriota, señores?

—Me parece usted un excelente marido, Hervé. A propósito, me llamo Barry Morgan, y en el otro barril el que sonríe satisfecho es Luke Ralston. Siga su instructiva charla, campeón.

—Cuando encerré a Monique, sudé tinta. Veía imposible que ustedes lograsen continuar el camino, dada la vigilancia que se ha reforzado… Ya ven pasar patrullas zumbando como moscardones, pero todas buscan a otros agentes, y ni siquiera se pararán a registrar este carro, porque en cada puesto irán tomando nota del camino que seguimos. Bien, decía yo que sudé tinta, porque mi fuerte no es meditar. Veía el hostal ardiendo, a Monique cortada en pedacitos, ¡yo qué sé! Recordé, entonces, que un buen amigo me ofreció un carnet falso de la Gestapo, diciéndome que algún día, si me viese en un apuro, me podía servir. Tuvo el chico que insistir para que yo aceptase, y lo escondí bajo piedras, como si fuera un explosivo, temiendo que si me lo encontraban encima, me fusilasen. Y, entonces, decidí jugarme el todo por el todo, y he perdido dos kilos, pero he resuelto el problema.

—Y nos ayuda, campeón.

—De paso —sonrió, secamente adusto, Denel— fui a visitar a Ruffec en su «Cueva de los Suplicios», y le enseñé el carnet en el que con mi foto, se menciona mi calidad de agente en París, de la Gestapo. Lo lógico era que él cogiese el teléfono y pidiera a París, confirmación de mi supuesta doble personalidad. Y me inspiró Dios o el diablo, pero yo, sin práctica en estos asuntos turbios, encontré el medio de parar este golpe. Si Ruffec pedía confirmación a París, tan pronto cogiese el teléfono, yo tenía que cogerle por el cuello y ver de escapar contigo, pequeña. Pero recordé comentarios oídos en París. Los aliados de la Gestapo son recompensados

espléndidamente, cuando toman una rápida iniciativa y aportan prisioneros y pruebas. Los alemanes son más tardos en tomar decisiones, y así la labor particular de tipos con iniciativa como Ruffec, ahorra trabajo a los alemanes de la Gestapo. Le dije a Ruffec que entre él y yo, íbamos a pescar no a dos agentillos sino a todo el Servicio Secreto en pleno. Aludió a que podían inculparme de negligencia, al haber estado ignorando que mi esposa practicaba el deporte ese.

Y el pulgar del boxeador apuntó hacia los dos barriles, donde, en pie, escuchaban divertidos y con agrado Morgan y Ralston.

—Dije que todo era miel sobre hojuelas. Monique seguiría escondiendo agentes, y Ruffec seguiría cazándolos allá donde se reunieran con quienes venían a visitar. Se puso loco de placer, el condenado verdugo. Pretende ser un gran personaje cuando ganen los alemanes, que se supone él. Y vió en mi plan, la gran ocasión de hacer más méritos. Seguro que está soñando en vestir el uniforme de mariscal de «Penmarch überSee».

—Tienes un gran talento, campeón —aprobó Ralston, dando una palmada afectuosa en el macizo cogote del boxeador.

Monique Denel intervino con timidez:

—¿Y vamos a abandonar el hostal, Hervé?

—Olía ya a azufre. Conste que no te reprocho nada, pequeña. Te sentiste heroína, y cumpliste. A otra cosa, mariposa. De todos modos, no hubiera tardado Ruffec en atraparte con tus falsos toneles. Ahora, vamos a ponernos de acuerdo…

—¡Oh, Bibi! —gimió ella—. ¡Mis joyas, mis trapitos de lujo!…

—Lo empaqueté todo, mientras comías. Todo lo que tiene valor para ti, pequeña. ¿Contenta ya? ¡A las riendas, a las riendas! Mimitos ahora, no. Se nos echará la noche cuando hayamos pasado Quimper, y en cada uno de los puestos por donde vean desfilar el carro, comunicarán a Ruffec, el itinerario seguido. Así, cuando ustedes bajasen en el lugar al que se proponen ir, ya habría Gestapo acechando. Una vieja, un pobre mendigo, un falso sacerdote… ¿Quién sabe? Emplean todos los trucos esta canalla. Nosotros les desearemos buen viaje tan pronto la noche nos permita abandonar el carro. El resto queda a su iniciativa. Los puestos de vigilancia en la carretera desde Quimper a Lorient, se suceden en trechos de un par de kilómetros. Ya sabrán calcular dónde les conviene saltar.

Tome el salvoconducto, por si deciden hacer el paripé en algún puesto de control. Dame las riendas, pequeña. Haremos más corto por el camino de los puentes, sin atravesar Quimper.

Ella se reclinó contra el hombro de su marido, y encendiendo sus cigarrillos, los dos agentes novatos, se miraron complacidos.

Monique Denel no iba a convertirse en viuda, al menos, por lo que a ellos se refería.

Cuando Quimper quedaba cinco kilómetros atrás, y el carro rodaba por la carretera general hasta Lorient, arreciaba la lluvia, tamborileando sobre las lonas.

Los vehículos de motor empleaban sus faros a instantes, cuando espesaba la niebla.

—Un «griz» que viene a las mil maravillas —comentó Denel.

—¿Tiene armas encima, Hervé? —inquirió Morgan.

—Mis puños. No se preocupe, amigo. Desde donde nos despidamos hasta el sitio donde estaremos a salvo hasta el fin de la guerra, que espero sea pronto, no hay ningún peligro. Además, tengo mi carnet de la Gestapo, y es un documento que al verlo, cualquier alemán pega taconazo, y saluda. Y si es un Gestapo como Ruffec, se pone baboso. Me estoy riendo… Los alemanes recompensan bien a quien les sirve, pero cuando la iniciativa particular falla, «¡pam, pam!», doce tiros y a otra cosa, mariposa. Ese condenado Ruffec, no debería ser fusilado con balas, sino a norterazo limpio. Que viera salir el obús, y bajar silbando sobre su cabeza…

—¡Bibi! ¡Eres un adorable salvaje!

—¡Ostras! ¿Y las horas de sudores que van y vienen que acabo de pasar?

Se perfilaban en la penumbra creciente los edificios de Concarnó, cuando indicó Denel:

—Uno de ustedes al pescante, señores.

—Yo mismo. Tengo ilusión por ver si nos entendemos el caballo y yo —dijo Ralston, izándose al pescante.

Denel pasó a gatas por encima de los toneles acostados en la parte central, hasta que atrajo hacia sí el fardo con las joyas y «trapitos» de su esposa.

Regresando, colocó el fardo en el pescante, entre el improvisado conductor y Monique.

—Parará sólo el instante preciso, para que yo recoja a la señora Denel, amigo mío. Este trecho viene bien.

—¿De veras no quiere un revólver, campeón? —brindó Morgan, presentando su «Browning», asido por el cañón.

Denegó el boxeador, replicando:

—Esto es su instrumental, amigo Morgan. Yo me voy junto a un buen fuego de lar, a hacer calceta con la señora Denel. Suerte.

Morgan estrechó con fuerza la diestra del que, durante unas horas, había creído un solapado hipócrita, Ralston hizo más, en su exuberante carácter jovial: se inclinó para besar en las mejillas al boxeador, que puso cara de asombro y recelo…

—¡«La accolade»! —rió Ralston—. ¡«Vive la France»!

Del pescante, se descolgó Denel, en marcha, mientras refrenaba Ralston a su mejor entender, en pie, arqueado hacia atrás.

—Adiós, señor Ralston —se despidió ella.

Morgan cogió la diestra menuda, y la besó, antes de coger a Monique por las axilas, y hacerla deslizar hacia donde esperaba, brazos en alto, el boxeador.

Luego, recogió Denel el fardo, y corriendo atravesaron ambos la carretera a lo ancho. Antes de desaparecer en la negrura del bosque, ondeó ella la diestra.

Había arrancado de nuevo el robusto percherón, en su marcha ligera y sólida. Barry Morgan cruzaba los brazos sobre el respaldo, en pie tras el pescante.

Comentó Ralston:

—A veces, tienes golpes buenos, jefe. Ese beso respetuoso y cortesano en la manecita de la señora Denel, la debió poner orgullosa.

—Y más al púgil. Tenemos vía libre gracias a él, principalmente. Pero es un modo de hablar, eso de vía libre. Si le entran sospechas a Ruffec, de nada nos van a servir los toneles. Pero es casi seguro que Ruffec se está frotando las manos de gusto, hasta despellejárselas. Empezará a sudar cuando el carro se evapore entre el último puesto que crucemos y aquél al que no llegaremos. Cuando te avise, meterás el carro a través del campo, y amarraremos el jamelgo a un árbol, para que no siga caminando y den la alerta antes de tiempo. Desde Quimperlé al Templo de los Farfadets son cinco kilómetros a través de bosque. Recuerda una cosa esencial, novato. Hemos caído

del cielo.

—Ya… ¿Y por qué? —inquirió, ingenuamente, Ralston.

—Los anteriores agentes lanzados en paracaídas, fueron suprimidos cuando se dirigían al Templo de los Farfadets. Lo presenció Ivette de lejos… Esta vez nos verá de cerca y vivos… si no hay minas por el bosque entre Quimperlé y el Templo de los Farfadets.

CAPÍTULO VI

IVETTE

Tierra adentro, los montes, valles y bosques bretones, presentan un erizamiento jalonado de bloques de piedras graníticas: dólmenes y menhires.

Los bloques plantados verticalmente en la tierra, menhires, adquirirían a los ojos de Ralston, que los veía surgir de pronto, en cualquier recodo, apariencias fantasmales.

Las rocas planas que antiguamente servían de altar para las ceremonias misteriosas de los druidas, los dólmenes, tenían también contornos espectrales cuando, en esporádicas apariciones, la luna se reflejaba en ellos.

Antiguamente eran monumentos funerarios, bajo los que quedaban sepultos huesos incinerados, y las leyendas abundaban en los modernos tiempos, citando danzas de gnomos, brujas y trasgos, en ronda alrededor de aquellas piedras.

Barry Morgan, orientándose de acuerdo con las instrucciones, encontró sin dificultad el lugar donde, hacías las cuatro de la madrugada, la agente Ivette esperaría la llegada de los dos agentes que el «Deuxième Bureau» enviaría desde Londres.

El Templo de los Farfadets, durante el día, era un anfiteatro de pequeños dólmenes recubiertos de musgo, y desde lejos podía reconocerse porque sobresalía en su centro la gran plataforma del menhir.

La comarca era ya territorio que la Prensa llamaba «maquis»: caminos impracticables para cualquier vehículo, serpenteando por entre vegetación resistente a la sequía y casi impenetrable, formada por arbustos de hoja perenne.

Y en los llanos entre riscos, lomas peladas con abruptos

precipicios de poca hondura, pero verticales paredes, alternaban con valles de escasa extensión. En las estribaciones montañosas, los caseríos aislados eran hogar de pastores, mientras que en los valles más extensos, fertilizados por las aguas del Aulne, se agrupaban aldeas y pueblos.

Cualquier nativo de aquella comarca era conocido como «natural de las Montañas Negras», y de allí, durante el Terror, habían salido muchos de los más fanáticos chuanes, guerrilleros implacables y salvajes, de feroz decisión heroica.

El ave típica de las Montañas Negras, la «chuet», especie de lechuza, dejaba oír de vez en cuando su extraño silbido, que producía la impresión de que alguien, escondido entre brezales, avisaba al caminante.

Luke Ralston se pasó la manga del chaquetón por el rostro, cuando la sombra que le precedía, se detuvo al pie del enorme menhir central.

La piedra, erecta, tenía un ancho de unos tres metros, y una altura aproximada de ocho. En torno, los dólmenes formaban un corro pétreo a unos veinte pasos.

Más allá, el valle poco extenso, inhabitado, al que se llegaba por numerosos vericuetos y despeñaderos. Luke Ralston experimentó una rabiosa ansia por oír su propia voz:

—Este negocio no está claro, Barry. Hace ya horas que caminamos sin haber visto un solo ser humano… No creo en duendes, pero acaba uno por impresionarse. Ya no pienso en dogos, en ametralladores ni en Gestapo, sino en brujas viajando a lomos de escoba.

—Si una mujer viene aquí, sola, no vamos a ser menos que ella.

—Ah, ah… ¿También tú, el bloque frío, tienes tembleque?

—Me gustan las cosas claras como a ti, pero procuro dominar mi imaginación; eso es todo. Pasan minutos de las cuatro, y ha de estar al llegar la rubia, de ojos azules, apetitosa.

Morgan dió vuelta en torno de la base del menhir, mientras Ralston dominaba su imaginación, y acostumbrado ya desde horas a las tinieblas, acechaba las líneas del horizonte.

A partir del momento en que abandonaron el carromato, en sendero cercano a empalizadas de pastos, alejado unos tres kilómetros de la carretera general, el terreno recorrido pareció

desprovisto de humano ambiente.

Cortaduras, brezales, zarzas, piedras, y lejanas manchas de caseríos agrupados. Era la «tierra de nadie», la línea divisoria entre el territorio ocupado, y el «maquis».

Una marcha que era fatigosa, porque la orientación se hacía difícil en la accidentada comarca, y muchos senderos tenían que volver a desandarlos al tropezar con roca infranqueable.

Volvió Morgan a rozar con su hombro a Ralston, que giró y volvió al frente el rostro, adelantando la barbilla. Un ademán que acompañó con encañonamiento de la metralleta hacia un punto alejado unos cincuenta pasos.

Un punto que iba perfilándose al avanzar. Una silueta humana, vestida de pies a cabeza por capa de pastor bretón, de color pardo obscuro, con capucha.

Y tras aquella silueta, abiertos en arco, cuatro siluetas más. Pero éstas, a diferencia de la primera, sostenían ante el busto un ametrallador.

Y esta visión tranquilizó a Ralston. Los fantasmas llevaban sudario y arrastraban cadenas, pero no avanzaban en guerrilla cautelosa, armados con un proyector de cincuenta plomos.

La primera silueta atravesó los dólmenes, y permanecieron atrás, junto a las piedras diseminadas en cerco, sus cuatro acompañantes.

Barry Morgan se destacó de la base del menhir, en alto el brazo derecho que empuñaba la metralleta…

Siguió avanzando la capa parda, hasta detenerse frente a Morgan. Un rostro blanco, de ojos azules, rizos rubios en la frente, apareció al echarse atrás la capucha, la mujer que dijo:

—«Buen año para el hogar sin ratón».

—«Y mejor lo será, cuando huya el cuervo verde» —replicó Morgan.

—Ivette.

—Barry Morgan.

Ivette se volvió tendiendo el brazo hacia el horizonte, y sus cuatro escoltas, fueron alejándose. Avanzó Ralston.

Ella había vuelto a bajar la capucha sobre sus cejas, y a cubrirse el cuello con el embozo en forma de tapabocas.

—Luke Ralston —se presentó el mismo.

Ella empezó a andar, y a cada lado acortaron su natural zancada

los dos americanos.

—Celebro su llegada, y se alegrará mucho Jock Milton, porque hasta ahora la mala suerte se cebó en los agentes de Londres, que en vano intentaron ponerse en comunicación conmigo directamente. Era desesperante llegar aquí, y esperar inútilmente. Se alegrará mucho Jock Milton.

Apretaba ella el paso, al igual que el individuo que les precedía unos diez pasos, y que acababa de contornear una roca, tras la cual un sendero subía en pronunciada pendiente.

Y se detuvo Ivette, para explicar:

—Iré detrás. Ustedes, para subir, ayúdense de la cuerda que está tendida a su mano izquierda.

—Las señoras siempre delante —dijo Morgan.

—He perdido la costumbre de bromear. Si tengo que ir la última, es porque me incumbe ir quitando de sus soportes la cuerda que recogerán desde la casa cuando hayamos llegado.

Morgan empezó la extraña ascensión, valiéndose de las dos manos para asir la cuerda que, a intervalos de cinco metros, parecía estar suspendida en el aire, en abrazadera que sujetábase en resalte de hierro hincado en piedra.

Sin aquella cuerda, nadie podía subir o bajar normalmente por el sendero. Los cuerpos, a medida que iban ascendiendo, adquirían casi la horizontalidad.

Al término de la escalada, Morgan siguió valiéndose de la ayuda de la cuerda, hasta permanecer vertical, en aquella plataforma entre peñascales.

A unos cuarenta, pasos, un barracón de troncos, prolongaba unos muros de piedra, restos de fortín milenario.

Ante el barracón había una galería cubierta, y una ventana transparentaba luz interior. Los que les habían precedido iban entrando.

Ralston ayudó a Ivette, cuando ésta llegaba ya a la plataforma. Y ella siguió andando, hasta que los tres se encontraron bajo la veranda. Empujó ella una puerta, y por contraste con aquella larga noche de caminata en tinieblas, la estancia en que entró parecía iluminada con derroche por el «Petromax» suspendido al centro del techo bajo.

Estaba amueblada como un comedor estilo rústico, y no había

más ventana ni puerta, que la que transparentó luz, y el dintel que acababa de cruzar.

Ivette cerró, y, avanzando hacia la mesa, dejó en ella su capa. Vestía un traje de punto gris, medias inglesas de lana, y zapatos deportivos de tacón bajo.

Aun con aquella sencilla indumentaria, conseguía ofrecer un aspecto de señorial distinción. Era como había descrito Dumesnil: una muchacha de rubios cabellos, cándidos ojos azules, y apetitosa, en su lozana esbeltez bien torneada.

Pero la costumbre de familiarizarse con el riesgo constante, la hacía hablar con viril firmeza:

—Han ido a avisar a Jock Milton, que han llegado, por fin, enviados del Servicio Secreto. Ya era hora…

Barry Morgan, convencido de que las cuatro paredes no presentaban hueco sospechoso, replicó, hacercándose a la mesa:

—No fué culpa de ellos si no pudieron entrar en contacto con usted.

—Me refiero a que necesitamos instrucciones y sobre todo, armas y municiones. En este grupo mismo, que manda Roger Plougastel, y que por cada cinco hombres disponen de un ametrallador y una caja de munición. Conseguido a costa de mucha sangre, arrebatado a soldados alemanes.

—Pensé que éste era el nido de águila de Jock Milton.

Luke Ralston, sentándose, lo hizo de modo que quedó a un lado del marco de la ventana.

—Usted será un buen agente secreto, Morgan, pero no conoce a fondo las características del «maquis» bretón, y sobre todo, desconoce por completo el modo de ser de Jock Milton. Es un cabecilla por el que ofrecen mucho dinero en toda Bretaña. Es una pesadilla para la Gestapo, y sus incursiones, de una audacia escalofriante, son temidas. A él y sus «maquisards», les conocen por el apodo de «cosacos». Es un verdadero genio de la guerrilla, y por esto me encomendó nuestro Servicio que lograse captar la fuerza que representa, haciéndole aceptar instrucciones coordinadas con el plan general preparado por la Resistencia que acata las órdenes procedentes de Londres.

—Pudo usted, directamente, transmitirle estas instrucciones.

—Jock Milton no es un hombre corriente, y no tiene contacto

con ningún otro grupo del «maquis». Me costó largos meses llegar a verle. Y semanas, hacerle aceptar la idea de que el servicio secreto podría proporcionarle armas, municiones, y mantener a su lado un enlace permanente.

—Ningún enlace pudo llegar.

—Ustedes han llegado.

—¿Por qué no nos llevó directamente al refugio de Milton?

—Él es quien viene aquí, y yo misma no conozco dónde se alojan sus seguidores. En el «maquis» abundan también las traiciones.

—¿Vive usted aquí, Ivette?

—Desde hace cinco meses, en que salí de Londres. Roger Plougastel y sus «maquis», luchan de acuerdo con instrucciones que reciben por mi mediación, pero esto no lo pude conseguir de Milton. Y es que en realidad, él no es francés, sino americano amante de la lucha y enemigo de toda tiranía.

—También yo soy americano, igual que Luke.

—Quizá por esto mismo les designaron a ustedes para la difícil tarea de intentar persuadir a Jock Milton. Él dice que no necesita instrucciones de nadie, que sólo acepta armas y municiones…

Se oyó un ruido semejante al embate de un tronco hueco contra una piedra, y levantándose, dijo Ivette radiante:

—¡Es él! La señal que han oído es la que despierta a todos, porque han pedido la cuerda para subir. Pero no se ha repetido, y por lo tanto, es que vuelve el «partisano» que fué a comunicar a Jock Milton que, por fin, habían llegado los enviados de Londres. Yo no estaré presente… Procuren persuadir a Milton. Puede ser muy valiosa su audacia al servicio del plan coordinado de toda la Resistencia. Volveremos a vernos.

Salió ella presurosa.

Y cerrando la puerta, Luke Ralston se volvió para afinar la voz, y declamar:

—¡Sean humildes y respetuosos con el Emperador del Maquis, Jock Milton! Es una edición de Tyrone Power montado sobre un tanque con alas. Oye, Barry… Antes de conocerle, ya me sienta mal el traganiños ese.

—Estará ahora escuchando a su adoradora, que le informará que dos pelagatos han llegado para postrarse ante él, y echarle incienso.

—Pensando un poco en todo, este truco de la cuerda no está mal, pero si hay barruntos y la Gestapo asoma, con tres chupinazos de artilleros esto se convierte en un cementerio con clima de altura.

—Tendrán un camino para subir, y otro para la retirada, supongo.

Barry Morgan colocó los pies sobre la mesa, y empujó hacia atrás la silla en que se sentaba, mirando hacia la puerta.

—Descorre el cerrojo, Luke, y el que quiera entrar que se tome la molestia de empujar. Por ahora, no eres portero de nadie.

Luke Ralston obedeció y vino a sentarse sobre un banquillo al fondo de la estancia. Dejó sobre sus muslos la metralleta, que dirigía el cañón hacia la puerta, y encendió un cigarrillo.

Pero con una sola mano. La otra reposaba cerca del porta-gatillos, a medida que se hacían más audibles los pasos de varios hombres.

Alguien empujó la puerta con suavidad, mientras que en el marco de la ventana, se transparentaban por un momento, dos rostros, cuyo cubre-cabeza era un gorro de piel, reproducción del gorro cosaco.

CAPÍTULO VII

JOCK MILTON

La puerta, empujada de pronto con fuerza, se empotró por su borde inferior, al encajar en el desnivel.

Continuó fumando Luke Ralston, y cruzado de brazos, pies sobre la mesa, echado hacia atrás, Barry Morgan.

Pasaron unos segundos, y en el dintel se enmarcó Jock Milton. No era un Tyrone Power, como había dicho Ralston.

Las facciones del rostro eran irregulares: mandíbulas voraces, mentón partido por hoyuelo, labios delgados, nariz algo achatada, y cejas finas.

Destacaban los anchos ojos verdes, luminosos, de brillo felino, y la atlética proporción de la figura, en el rubio Jock Milton.

Calzaba botas cuyos cordones ceñían la flexible piel negra, y llevaba calzón de montar gris, con protección rodillera de gamuza marrón.

Una pelliza azul, con cuero de astrakán, un cinto pistolera, y el gorro de astrakán algo ladeado sobre una sien, le daba cierto aspecto moscovita.

Avanzó, tras haber esperado unos instantes que alguno hablase. Pero Ralston fumaba con deleite, y Morgan parecía aburrirse infinitamente.

Un hombre apareció para atraer con esfuerzo la puerta, y entornarla desde fuera. Llevaba el gorro cosaco.

La sonrisa con que Jock Milton había esperado a que uno de los dos visitantes le dirigiese la palabra, se transformó en brusca carcajada áspera, mientras se sentaba al borde de la mesa, de perfil, mirando alternativamente a los dos enviados de Londres.

Y con el más puro acento de Brooklyn, la voz bronca interpeló:

—¿Perdisteis la lengua, compadres?

—Queríamos ver la tuya, viejo —replicó Morgan, retirando las piernas de la mesa, y acodándose en ella—. El de la esquina es Luke Ralston y a mí me llaman Barry Morgan. Él nació en Ohio, y yo en Nueva York. No masticamos chicle. Te toca hablar, Luke.

—Voy… ¿De qué vas disfrazado, Jock? —inquirió, muy serio, Ralston.

Jock Milton abandonó su asiento. Y hundidas las manos en los bolsillos de la pelliza, inició los tres pasos que le separaban de Luke Ralston, dió media vuelta cuando llegó ante él, y caminó hacia la puerta. Una vez la hubo cerrado del todo, de un puntapié, dió otra media vuelta, andando del mismo modo, lentamente, aplicado, pensativo.

Y sin dejar de efectuar aquel recorrido, desde Ralston a la puerta, fué hablando:

—Me temía que en Londres hubieran escogido dos monigotes engreídos, que vinieran a hablarme de Churchill y la estrategia napoleónica. Me place comprobar que sois de mi misma pasta, al menos, de mi propia tierra. Yo ignoraba que existiera un servicio secreto norteamericano que se interesaba por el «maquis» bretón y por Jock Milton.

—Ya nos ves, Jock. Oye, si te da igual, ¿por qué no te sientas, y nos ponemos los tres a la mesa? Avisaremos al mayordomo, y que nos sirvan un «Martini» seco, con hielo.

Vino Millón a sentarse frente a Morgan, mientras Ralston acercaba el banquillo a la cabecera.

Jock Millón hablaba concentrándose; sin mirar fijamente a ninguno de los dos:

—Conviene que sepáis por qué voy disfrazado sin ser carnaval, muchachos. Estaba yo en París, viviendo de renta…

Ahora miró con brillo receloso a Barry Morgan, que acababa de guiñar un ojo hacia Ralston, el cual emitió una risita burlona en dos sílabas.

—Te interrumpiste cuando decías que en París te dabas la gran vida, Jock —apuntó Morgan.

—Entre compatriotas estoy a gusto, pero no abuses, Luke. No me llena que se rían de mí.

—Me hizo gracia eso de la renta. Sigue, Napoleón del «maquis».

—Tenéis un estilo raro para ser agentes secretos procedentes de Londres, o será que hace ya tiempo que no trato con muchachos de mi pasta. Como decía cuando este guasón rebuznó, estaba yo en París a la entrada de los alemanes, y me di cuenta que aquello se ponía imposible. Reuní a unos amigos, y buscamos salida al otro lado del charco. Pero estaba difícil encontrar pasaje, y en Brest aguantamos la primera rociada de la policía.

—¿A la salida de un Banco? —inquirió, seriamente, Ralston.

Los verdes ojos de Jock Milton se posaron indulgente en el joven laureado del Pacífico.

—¿En qué trabajabas antes de enrolarte en el Secreto, Luke?

—Procuraba vivir también de rentas, Jock.

—Ya… La policía, en Brest, hacía redadas, y mis amigos eligieron venir al «maquis». Ya que nos pedían guerra, la dimos. ¡Sí, hombre, sí!… —Y Jock Miltón miró fieramente a Ralston—. Asaltamos un Banco, pero era dinero alemán, el que repartimos entre los franceses de Concarnó. Y me gustaría verte en la faena, chico listo. No es tan sencillo cogerles un coche patrulla a los alemanes, y recoger provisiones de una tienda en cualquier ciudad. Tiendas, que regentan mercaderes al servicio de la Gestapo. Y tengo a mucha honra, que los carteles de la Kommandantur ofrezcan dinero por mi cabeza… ¡con gorro y todo, muchacho listo!

—Va bien, Jock. No la tomes con Luke, que es guasón, pero de nuestra misma pasta, como dices. Vamos al grano. Te aprecian mucho por Londres, y estiman que si aceptas dar golpes grandes, con objetivos que ellos me transmitirían, tu empuje será más beneficioso.

—Ninguno de Londres vino a señalarme objetivo, cuando me pisaban los tacones, dogos de la Gestapo. Y ahora, ¿qué? ¿Quieren que les saque castañas del fuego, para que se las coman tostaditas?

—Quieren que hagas méritos, y hablando llano, no metas el remo.

—No entiendo.

—Preparan una ofensiva general, un desembarco en algún punto, y si te gusta apretar gatillo, como a nosotros, sería una lástima que estuviéramos haciendo la guerra por nuestra cuenta, en la cota «X» mientras pudiéramos ayudar al desembarco en la cota «Z».

—Entiendo. Pelear a toque de corneta. Son duros de entendederas en el Secreto. Yo no soy francés, y estoy libre de quintas. Si quemo pólvora, es porque unos policías de la Gestapo, la emprendieron a tiros conmigo. Y estoy en el «maquis», esperando que vuelva la normalidad, y pueda yo pedir un pasaje para donde se me antoje. No estoy en el «maquis», para recibir órdenes de nadie.

—No son órdenes, sino persuasión. Yo te hablaré claro, Jock. En tu lugar, también mandaría al infierno órdenes, estrategias y hasta la misma persuasión. Pero pensaría en el futuro.

—No entiendo, Barry Morgan.

—Pondré un ejemplo práctico: te dispones con tus muchachos a cortar el paso por una carretera, y rociar de cartuchos de dinamita un convoy de camiones alemanes. Lo consigues, pero como no se hacen tortillas sin romper huevos, muere algún francés por el camino de retirada. Mañana, si continúas actuando por tu cuenta, te puede salir una reclamación judicial. En cambio, de vez en cuando, actúas de acuerdo con instrucciones recibidas del cuartel general de la Resistencia en Londres, y te conviertes de cosaco terrorista, en un héroe a salvo de insidias y calumnias. ¿Clarito?

Entornó Milton los párpados, y en la pausa de silencio estuvo contemplando fijamente a Morgan. Por fin, rió con brusca carcajada corta…

—Vales mucho, Barry. Y si elegiste por compañero de viaje a Luke, será porque tienes referencias sólidas de lo que pueda valer.

—De nuestra misma pasta, Jock.

—Lo que no logro entender es cómo estabais en el Secreto.

—No estábamos, sino que nos empujaron —definió Morgan.

—No entiendo.

—Cuando empleas esta expresión, es que carbura el seso a toda marcha, y así haces tiempo para pensar. Éste y yo nos enrolamos en la infantería de marina. —Y mintió Morgan al añadir—: Porque no pedían antecedentes. No fuimos a la guerra, sino que mudamos de aires. Y haciendo el saltamontes por las islas, resultó que apretar gatillos, en vez de atraer el toque de sirena de los «patrolcar», nos hacía aparecer en la orden del día, como héroes. Trasladaron hace poco nuestra división a Inglaterra, y nuestra sección especializada en choques y golpes de mano, fué seleccionada por el Servicio Secreto, para diversas misiones. Como éste y yo hablamos un

francés de Francia, nos dijeron: «Muchachos, tratad de llegar hasta Jock Milton, y decidle que procure ayudarnos a ganar la guerra». Nos dieron unas instrucciones, siendo la más importante, la referente a dónde puedes recoger herramientas valiosas. Te lo dan en bandeja, Jock.

—¿El qué?

—Una casa camuflada, donde hay un par de coches de motor rápido, una furgoneta con emisora-receptora y almacén de armas, explosivos, municiones y gasolina. Todo esperando a hombres de tu temple, Jock.

—¿Y quiénes más tendrían acceso a esta jauja?

—Guerrilleros como Plougastel, y cuántos han demostrado ya en el «maquis» bretón, valer. Ya están organizadas desde Londres las cosas de modo que puedan ser controlados los «maquis» libres, y que se agrupen en fuerza unida, no aislados por partidas. Y el punto de arranque de los ataques con plan que coordine Londres, será el Prado de los Lobos, el nuevo cuartel general de la Resistencia en Bretaña. Es donde han ido acumulando otros agentes del «2B», el material de que te he hablado.

—Magnífico, muy precioso, muchachos… Y a todo eso, conservad las manos como las tenéis, bien a la vista. Desde la ventana y el techo, os enfocan tiradores de primera. Me oléis a «gangsters» embusteros enviados por la Gestapo.

Sobre el reborde de la ventana asomaban dos cañones de ametrallador.

CAPÍTULO VIII

EL PRADO DE LOS LOBOS

Barry Morgan encendió un cigarrillo, valiéndose de la llama del voluminoso mechero, que siguió empuñando en la diestra, y empujó la cajetilla hacia Jock Milton, mientras Luke Ralston, sonriente, explicaba:

—Mi jefe no es de la primera volada, Jock. Si nos metimos en esta choza, fué conservando bien despiertos los malos instintos. Diles a los del techo, que van a pillar un catarro. Me ves las manos, Jock. ¿Me ves las rodillas, Jock? Es un truco que aprendimos hace tiempo, para casos de conversación amistosa como ésta.

Jock Milton repitió:

—¿Quién me garantiza que no sois de la Gestapo, y me tendéis trampa?

Sopesando el grueso encendedor que tenía forma esférica, Barry Morgan expuso:

—La contraseña que le dimos a Ivette, pudo haberse conseguido torturando a los dos legítimos enviados de Londres. Pero ya supusimos que si disfrutabas de buena salud, era porque la desconfianza imperaba en ti. No eres un ingenuo cordero, ni nosotros tampoco, Jock. ¿He dicho acaso que vayas al Prado de los Lobos, tú solo, a revisar el arsenal?

Jock Milton llevaba ya unos minutos arqueado en la silla, de modo que al menor indicio de agresión, podía saltar a un lado, y quedar a cubierto de cualquier disparo, caído en el suelo.

Pero miraba con recelo al sonriente Luke Ralston, que jugueteaba con una fina correa enredándola en torno a sus dedos como si comprobase su resistencia.

La correílla, desde las manos de Ralston bajaba, verticalmente,

hacia sus rodillas, como si a su extremo hubiera un peso.

Siguió exponiendo Morgan, siempre sopesando el encendedor:

—Tendrás un lugarteniente de confianza que puede ir con uno de nosotros dos, Luke o yo, a echar un vistazo, y si quieres llevará un coche y armamento allá donde digas. ¿Te va a regalar la Gestapo un coche, armas y explosivos?

Miraba Milton el encendedor… Se puso en pie, lentamente, y se colocó de modo que sus espaldas quedaban en la trayectoria que partía desde la ventana, obstruyendo así el punto de mira de sus dos mejores tiradores.

Elevó la mirada hacia el techo, y se hizo más áspera su voz al gritar:

—¡Abajo, Edgar! ¡Llévate a los otros, y esperadme abajo del camino de cuerda!

Se oyó el gatear de manos y rodillas sobre los troncos inclinados en pendiente alero y de la ventana se retiraron los dos ametralladores.

Dijo Morgan:

—Hace fresco aquí dentro, pero es mejor así, a que encendamos hoguera, Jock. Un hombre de tu clase, podía aparecer solo, pero bien cubiertas las espaldas y la cabeza. Explícale tu truco, Luke, en prueba de que vamos a fumar la pipa de paz.

Luke Ralston, empujando atrás el banquillo, se puso en pie, piernas juntas. Entre sus rodillas quedaba el portagatillos de la metralleta, cuya culata parecía estar montando a modo de caballito…

—Chico listo —masculló Milton—. De modo que estabas apuntándome al estómago, ¿no?

—Hombre, tanta precisión no se puede garantizar, Jock. Pero se hace lo que se puede, al tirar de la correa. Una rociada a bulto.

—Y os hubieran asado desde la ventana.

Barry Morgan ofreció fuego con el redondo mechero de gran capacidad, y mientras, inclinado, Milton aspiraba del cigarrillo, explicó:

—La parte superior está blindada, y contiene un poco de gasolina, piedra y mecha. Pero el resto es «piña» pura, Jock. Se puede colocar sobre la mesa, con la cajetilla, se coge, se enciende, y nadie desconfía. Si Luke hubiese tenido que tirar de la correílla, yo

hubiera lanzado contra la ventana la «piña», y puedes estar seguro que el del techo hubiera ametrallado donde nos sentábamos, pero a nosotros no. No es jactancia, es convicción absoluta.

—¡Vaya parejita! Podéis andar solitos, no cabe duda.

—Que no te quepa duda, Jock. Bien, ¿vamos al negocio?

—¿En qué punto del Prado de los Lobos, hemos de reunirnos?

—Donde tú mismo indiques, esperará uno de los nuestros.

—¿De los vuestros?

—Me refiero a los demás guerrerillos seguros, ya controlados y que como Plougastel, aceptan actuar a tenor de las instrucciones que tomará al dictado Ivette en la receptora.

—Veo que se pone ya sería la cosa. Estoy dispuesto a colaborar con la Resistencia organizada, y vosotros seréis testigos… Testigos de todo, y así podréis explicar, igual que Ivette, que no es lo mismo guerrear con instrucciones de un Estado Mayor, que como hasta ahora lo hicimos. Puesto que Plougastel ha aceptado abandonar este nido, ¿por qué no vamos ya hacia tu almacén de guerra?

—Por mí, andando. Sólo que durante el día…

—Conocemos los caminos, y desde aquí se llega bien al Prado de Los Lobos. Voy a reunir a los míos. Ivette os conducirá hacia el punto de reunión de todos nosotros.

—Escoge un punto que esté claro, Jock.

Jock Milton miró con fiereza a Morgan:

—¿Acaso sospechas de mí?

—Son caminos que no conozco, y Luke es como yo. Se pone nervioso si ve sombras que se agazapan… Tenemos aún los nervios tirantes desde las excursiones que nos dimos por el Pacífico. Sería una lástima que nos confundiéramos, y después nos encontrásemos todos en el Limbo discutiendo quién tuvo la culpa de habernos convertido en inocentes cadáveres.

—Comprendo ahora por qué os escogieron, y porqué pudisteis llegar hasta el lugar de la cita con Ivette. Valéis, y me gustará pelear codo a codo con vosotros dos. Hablaré con Ivette y Plougastel para que cuanto antes veamos esas maravillas preparadas por el Servicio Secreto en el Prado de los Lobos.

Se dirigió Milton hacia la puerta, y abriéndola, se volvió a medias para decir como despedida:

—Somos de la misma pasta. De los que llegan lejos.

Fuera reinaba aún la noche, y al cerrar la puerta, Morgan se mantuvo contra ella de espaldas, guiñando un ojo a Ralston, que se había ya colocado a su lado de modo que ningún balazo pudiera sorprenderle.

—En el saco —murmuró Morgan—. Sabe ya que no somos párvulos. ¿Cuándo se te ocurrió montar el gatillo entre las rodillas?

—Desde que oí un gato sordo desligarse por el tejado, mientras esperábamos a Jock. La primera manga la has ganado ya, Barry.

—Quedan muchas por jugar. ¿Preparado, compadre?

—Listo.

Luke Ralston se adhirió al tabique de troncos entre ventana y la puerta, que al repicar alguien en ella, abrió de golpe Morgan, empleándola de escudo.

Entró Ivette, que miró a un lado y otro, y sonrió:

—Excesiva desconfianza, amigos míos. He de felicitarles porque han logrado lo que me fué imposible. Jock Milton acepta unirse a nosotros. Les presento a Roger Plougastel.



Jock Milton acepta unirse con nosotros.

Un hombre flaco, de media estatura, rostro aguileño, de expresión decidida, avanzó hasta colocarse de espaldas contra la ventana, a la derecha de Ralston, mientras cerraba la puerta Morgan.

El jefe de guerrilla bretona, habló reposadamente.

—Celebro conocerles, señores. Su llegada representa una valiosa, aportación a la lucha por la libertad de Francia. Consientan en que les sea presentado bajo nombre supuesto, pero es consigna de nuestra lucha. Ningún francés que se estime, da en estos tiempos su verdadero nombre. Es el honor que nos diferencia de los egoístas y comodones. Yo y mis compañeros nos ponemos ya en marcha hacia el punto donde nos uniremos con Milton y los suyos. Encontrarán dos *pelerines* en el banco al exterior, junto a la puerta. Repito que celebro conocerles, y acataré las órdenes transmitidas.

Poco después cubríanse Morgan y Ralston con las amplias capas pardas de capucha, de los pastores de las Montañas Negras.

El descenso de la abrupta rampa les resultó más fácil que el ascenso, porque les inspiraba confianza Roger Plougastel.

Como hilera de peregrinos, distanciados entre sí unos diez pasos, fueron bajando los guerrilleros de Roger Plougastel por senderos completamente entenebrecidos por la vegetación.

Ivette iba delante de Ralston, a quien seguía Morgan, y cerraban la expedición Roger Plougastel y otros dos bretones.

Amanecía, cuando dejaban atrás el bosque de Josselin, y por desfiladero prolongado varios kilómetros, abierto en las estribaciones montañosas, se dirigían hacia los valles de Locronan, «tierra de nadie».

Al término del desfiladero, empezaba, el descenso que conducía al pintoresco y lúgubre Prado de los Lobos.

Pero llegaban a mitad del recorrido del desfiladero, cuando crepitaron en ráfagas sonoras, disparos de revólver y fusil.

Las capas pardas adquirieron vuelos de aguiluchos, al emprender rauda carrera todos los bretones, hacia el sitio donde se estaba librando una reñida escaramuza.

Saltando por entre la maleza, llegaron a la vez, Ralston y Morgan al antepecho rocoso, desde el que pudieron ver a los «cosacos» desperdigados tras varias rocas en aquel espacio llano, dirigir el fuego de sus armas contra una patrulla mixta de alemanes y franceses, cuyo mejor armamento les daba una evidente superioridad.

Parapetados en troncos tendidos a lo largo, emplazaban los atacantes unas ametralladoras portátiles.

En el espacio de cuarenta metros entre los troncos y las rocas

tras las que se habían agazapado, al sorprenderles la primera descarga, había cuatro guerrilleros con el gorro de piel, acribillados.

Plougastel y sus quince bretones iban espaciándose en hilera, arrodillados, esperando la orden para abrir fuego.

Ralston murmuró al oído de su compañero:

—Las dan más difíciles en las casetas de tiro.

Llegaba tras ellos Ivette, que se arrodilló al lado de Ralston, mirando a los que de espaldas, abajo, a una distancia de cincuenta pasos, acababan de emplazar las máquinas.

Y Roger Plougastel irguiéndose, clamó:

—¡Fuego, franceses!…

La descarga de los fusiles hizo girarse precipitadamente a los que se creían a cubierto tras los troncos. Varios de ellos, para quedar de bruces…

Otros viraron sobre su soporte giratorio las máquinas para encañonar los riscos…

En pie, simultáneamente, Morgan y Ralston apretaron los gatillos de sus metralletas, hacia abajo, en semiarco…

Jock Milton y sus partidarios surgieron de detrás de las rocas, corriendo hacia la empalizada de troncos…

No tuvieron que actuar, porque cuando contorneando los troncos, se disponían a rematar a los pocos que quedasen, había cesado el fuego desde arriba, por ser ya inútil.

Y bajaban ya los bretones para recoger las armas ganadas por su repentina aparición, y el refuerzo de las dos metralletas, cogiendo por sorpresa a los que habían pensado sorprender a los «cosacos» de Jock Milton, los que siempre iban solos, hasta aquel mismo día.

Arrastrando las cuatro ametralladoras conquistadas, los bretones vinieron a colocarse a un lado de Plougastel, que apremió:

—No tardarán en venir otros en mayor número. Ustedes llevan la ruta, ahora.

Morgan y Ralston caminaron teniendo entre ellos dos a Ivette, hacia el bosque de robles, que era el primer jalón indicador del itinerario para llegar al sitio donde en el Prado de los Lobos, habían almacenado los agentes del Servicio Secreto, las armas para contribuir a la unión de los grupos aislados en el «maquis» bretón.

Tras el bosque de robles, se extendía el inmenso llano pedregoso, ondulante, tachonado de bosquecillos en sus quebradas,

y que era conocido como el Prado de los Lobos.

A unos dos kilómetros sobre verde colina, sobresalía de los demás edificios el campanario de Locronan.

Ivette aceptó con sonrisa amistosa, tras la primera mueca de repentina alarma y asombro, la muda oferta de ayuda que le hicieron Morgan y Ralston, cruzando tras ella sus metralletas a modo de asiento, y empujando…

Al quedar ella izada, pasó sus brazos en torno a los hombros de ambos, y dijo, mientras ellos reanudaban más aprisa la caminata:

—Una galantería más de apreciar en momentos como éste. Empezaba ya a cansarme, aunque llevo meses de práctica en correr.

A ratos quedaba visible a lo lejos, un trecho de la carretera general entre Lorient y Penmarch, que pasaba por Quimperlé, Concarnó y Quimper.

Estas dos últimas ciudades quedaban equidistantes de Locronan. Al bajar la ladera de una quebrada tupida de madreselvas, brezos y matorrales de olorosos tallos, indicó Morgan:

—Por ahora, las instrucciones claras y netas, no fallan. Ahí está nuestro alojamiento, hasta nueva orden.

Ivette miró hacia donde con la zurda señalaba Morgan, viendo sólo uno de los tantos hoyos tapiados con pesadas piedras graníticas, medio del que se valieron los pastores para cerrar las bocas de las madrigueras donde invernaban los abundantes lobos.

Cuando llegaban los restantes «maquisards», Morgan y Ralston habían comprobado ya que las piedras donde aparecía una estría en zigzag tallada, con cincel, no estaban unidas entre sí por cemento.

Bastó que las empujaran, y el boquete fué suficiente para dejar pasar a un hombre. Entró Morgan, y proyectó el haz de su linterna de bolsillo a los lados y al frente.

El agua, filtrándose, había socavado en gran túnel aquella antigua madriguera de lobos. Siguió proyectando la luz frente a sí, hasta llegar al fondo de aquel túnel de dos metros de ancho…

Encendió la linterna primera de una hilera de veinte colgadas de la húmeda pared rocosa, y vió las dos galerías a derecha e izquierda.

Atrás encendía Ralston una linterna, entregándola a Ivette…

La galería izquierda desembocaba en espacio circular, donde largas cajas planas, se amontonaban hasta una altura de dos metros,

dejando entre sí un estrecho pasillo, que recorrió Morgan hasta ver las lonas tensadas sobre tres estructuras metálicas de chasis.

Ralston e Ivette, explorando la galería derecha, desembocaron en un subterráneo de unos veinte metros de largo por cuatro de ancho.

A un lado se apilaban mantas y lonas con garfios, el «coy» marinero para dormir. En el centro había una larga mesa plegable, y sillines de lona y tijera, también plegables.

Al otro lado, cajas con etiquetas inglesas de conservería diversa y cerveza.

Silbó Jock Milton admirativo cuando media hora después habían todos ellos recorrido aquel refugio ideal:

—Hacen bien las cosas los de Londres. Casa puesta, garaje, y salida a pie por tres sitios.

Veintiocho sumaban entre los dieciséis bretones de Plougastel, incluyendo éste, y los doce supervivientes de la reciente escaramuza, al mando de Jock Milton.

Se dirigieron hacia las cajas para abrirlas con sus cuchillos, y sacar tesoros que les eran ya desconocidos por lo difíciles de conseguir: mantequilla, mermelada, jamón dulce, *foiegras*…

Ivette comió con la misma voracidad, aunque más finamente, que todos, incluidos Ralston y Morgan. En pie, la mayor parte de ellos.

Tras apurar la segunda botella de cerveza inglesa, Morgan señaló con la cabeza hacia las galerías, mirando, sucesivamente, a Ivette, Plougastel y Milton.

Habló Milton:

—Descansad todos, que bien lo habéis ganado, mientras vamos por instrucciones. Dejad solo una linterna encendida. La economía es la base del buen humor.

En el espacio donde se amontonaban las cajas de armamento y combustible en bidones, retiradas las lonas, aparecían los dos turismos «Voisin» de siete plazas, y la furgoneta «Citröen».

Morgan expuso:

—Nos hicieron responsables de este arsenal, y cada «maquis» recibirá una metralleta y cuatro peines de munición. Los bidones de gasolina hay que administrarlos. Me ordenaron que si lograba obtener tu aceptación, te pertenecía como a Plougastel, un coche,

para emplearlo de acuerdo con las instrucciones que por la receptora, capte Ivette. La furgoneta es de ahora en adelante, tu casa, Ivette. En este lugar sólo entramos los que aquí nos reunimos, mientras no haya que emplear los coches. ¿Está claro, Jock? ¿Está claro, Roger? Gracias. Yo no mando, ni pincho ni corto. Me limito a cumplir con la consigna. Luke y yo tenderemos nuestro camastro aquí, y ustedes dos como jefes de partida, son libres de elegir dónde dormir.

—Con los míos —dijo el bretón—. Ansiaban tener armas como las que ahora poseerán.

—Pueden venir a recogerlas.

Ivette entraba ya en el compartimiento de la furgoneta, en todo igual a las radios ambulantes al servicio del Cuerpo de Transmisiones del ejército.

Luke Ralston, desde el estribo posterior, la vió manejar los complicados cuadrantes, puesto el auricular, y abierto ante ella en el tablero, el código de llaves.

Se iba efectuando el reparto de armas y municiones, controlado por Morgan. Se estructuraba el primer grupo de resistentes unidos al Sudoeste de Bretaña.

Se quitó Ivette el auricular, y comentó:

—Mucho mejor que mi portable, que, según me fué ordenado, enterré al abandonar el refugio de Plougastel. —Y señalando la litera plegable tras ella, añadió—: Son muy gentiles en el Servicio Secreto.

—¿Tú crees? —sonrió Ralston, ya sentado al borde de la caja—. Eres apenas mujer, y andas en trotes recios, Ivette o cómo te llames.

—Ivette fué el nombre que me pusieron en Londres, donde me encontraba cuando fué ocupada mi región nativa. Estaba por entonces en la Universidad femenina de Cambridge. Después… cuando supe que mis padres habían sido ejecutados por los invasores, conocí lo qué era odiar… ¿Comprendes ahora por qué acepté ser Ivette?

—Siento haberte recordado tu tragedia, Ivette.

—Las primeras misiones que me encomendaron, fueron mitigando mi intenso sufrir… Y no soy ya ninguna niña… He cumplido los veinticuatro.

«Una chatilla bonita y simpática la universitaria», opinó Ralston,

cuando poco después se tendía en la improvisada cama entre dos cajas vacías, junto al terminal de la galería.

A las nueve y quince de la noche, Londres comunicaba con el interior del roquizo que se erguía, como tantos otros, entre la carretera vecinal de Locronan, y las quebradas del extenso Prado de los Lobos.

CAPÍTULO IX

UN PASEO

La Prensa sojuzgada por la censura alemana, aludió a la creciente intensidad de los ataques de «gangsters», que conduciendo dos coches, ametrallaban patrullas, dinamitaban carreteras, incendiaban almacenes y eran cubiertos en sus retiradas por grupos bien armados.

No citaban que eran objetivos bélicos, los elegidos por los que empleaban métodos de fuerzas de choque: botellas de gasolina con esponja en llamas al ser lanzada contra camiones antiaéreos, barrenos en vía, por donde después pasaban vagones de municiones, y granadas incendiarias sembradas al voleo en depósitos de intendencia.

El calificativo de «gangsters» se aplicaba comúnmente en aquellos tiempos, y encajaba en el método implacable. Y la Gestapo perdía abundantes miembros acusados de incompetencia.

Cuando el «Voisin» conducido por un bretón fue cercado por coches de patrulla, y perecieron todos sus ocupantes, la identificación de «Roger Plougastel» como un catedrático de Bellas Artes, muy conocido por su apacible carácter antes de la invasión enemiga, hizo que se intensificase la búsqueda del otro coche, algunos de cuyos ocupantes llevaban gorro de pieles.

Un coche que parecía tragarse la tierra en el vasto espacio comprendido entre Locronan y Josselin.

Cada cinco o seis días, era cambiada la clave de onda. El último mensaje recibido, era una cálida felicitación al grupo del Prado de los Lobos, al que se notificaba que, durante un cierto tiempo, no debían actuar, sino seguir reclutando nuevos aliados entre los

«maquisards» de las Montañas Negras.

Ivette transcribió, dada ya la señal de fin de emisión, las instrucciones que recogió Luke Ralston.

Richard y René, eran los nuevos jefes bretones de otros dos grupos que, antes de morir, había ido a convencer «Roger Plougastel».

Del grupo de «cosacos» sólo quedaban Jock Milton, su segundo Edgar y tres parisinos.

El servicio secreto aliado comunicaba desde Londres que, avecinándose una operación conjunta de todos los grupos resistentes, que iba a señalar el principio de la liberación de Francia, debían cesar hasta nueva orden los sabotajes y ataques a objetivos militares.

Una parte de las instrucciones era exclusivamente destinada a los dos agentes, y la guardaba siempre Ralston, entregando las restantes instrucciones para ser leídas por los jefes de grupo.

Y cuando se hallaron a solas Morgan y Ralston, alejados de la furgoneta donde dormía Ivette, releyó Morgan en voz baja:

> «Coloquen los dispositivos en el coche, y puede ser usado libremente por Stenka».

Las referencias a Jock Milton se hacían bajo el seudónimo de «Stenka», sólo conocido por Ralston y Morgan, que lo leyeron en las instrucciones entregadas por Dumesnil antes de emprender su viaje.

> «Harán mención de un modo casual ante Stenka de que numerosos agentes nuestros serán lanzados en paracaídas con la misión de formar campos de minas desde la costa bretona al interior. Si Stenka manifiesta deseos de abandonar el alojamiento, simulen oponerse, pero cedan. Comuniquen novedad cuando la hubiese, a la hora y en la onda convenida».

Barry Morgan, encendiendo el papel con su mechero, manifestó:

—Interesante enigma. Dispones de diez minutos para montar los dispositivos en el coche. Voy a ver a «Stenka».

El tiempo trascurría monótono en el interior del subterráneo, y

eran frecuentes los comentarios acerca del hartazgo de diversiones con que se iban a desquitar de aquel entierro en vida.

Cuando Luke Ralston veía salir a los expedicionarios, quedándose él en el garaje, pasaba largas horas de inquietud. Al regreso, viendo entre los que iban entrando a Barry Morgan, intercambiaba con él, el signo del pulgar y el índice en anillo.

Y se resignaba, porque la orden había sido tajante: uno de los dos agentes, debía siempre permanecer custodiando la furgoneta y a Ivette.

Echado a suertes, tras larga discusión, fué Luke Ralston el guardián de la furgoneta y todo su contenido.

Lo cuál había motivado bromas, que siempre atajaba Morgan diciendo:

—Ivette no es una mujer, sino una pieza más de la radio.

Un juego de transformadores y «kits» de cambios de frecuencia, impedía que los servicios de detección de receptoras clandestinas, pudieran localizar la que funcionaba bajo el roquizo del Prado de los Lobos.

Jock Milton abandonó la partida de naipes, dejándola reducida a sus cuatro «cosacos».

Un grupo que se mantenía siempre aislado, aun dentro de la confraternidad de alojamiento y salidas.

Se dirigió hacia la galería donde paseaba Morgan.

—Pareces mustio y pensativo, compadre. Te aviso que empiezo también a hartarme de esta vida de topos.

—Hablando de topos, una buena noticia. Van a caer nubes de setas con sembradores de minas.

—No entiendo.

—Londres ha comunicado que no salimos durante unos días, porque van a sembrar de minas muchos lugares por donde transitamos. Cuando quede minado el terreno, supongo que nos comunicarán por dónde hemos de pisar.

—No faltaba más que eso —dijo, ceñudo, Milton—. Que nos metan ellos mismos minas bajo los pies, como si a cada salida, no sobrasen los riesgos. Y mis compañeros están trinando ya por echar un parrafito con alguna bretona… Por el aquello de no perder la práctica del idioma.

—La ciudad más próxima dista horas, Jock.

—Con el coche, minutos.

—El coche no lo destinaron para ir de juerga.

—Escucha, Barry… Ya has comprobado que nos batimos bien el parche. En el tiempo que ha transcurrido, he sido un dócil soldadito. Creo que tenemos derecho a la vida de vez en cuando, ¿no? Te advierto que si esta noche no podemos dar un paseíto, cuando nos inviten de Londres a cooperar, diles de mi parte, que cuenten con algunos de menos: yo y los míos.

—Bien, no te pongas nervioso.

—¡Eres un amigo de verdad, muchacho!

—Pero, si los demás se enteran…

—Iremos Edgar y yo solamente. Total, una horita…

—No debería consentir, porque soy responsable de que ningún coche ni nadie, salga de aquí.

—Yo no soy un imprudente.

—Mira, yo me largo a dormir. Cerraré los ojos cuando Edgar y tú subáis al coche. Abrid la puerta sin ruido, dejadlo todo en orden, y cuando volváis, dadme la señal, pero que sea dentro de una hora. Ya eres mayor de edad, y huelgan los consejos. Si han de verte las patrullas, mejor que te maten, porque si vuelves sin coche…

—Volveré cabalmente. Gracias, Barry; eres un amigo de los de verdad.

Barry Morgan se tendía poco después cerca de Ralston, tras haber asentido mudamente su amigo, señalando con la barbilla hacia el «Voisin», cuya pintura, radiador y matrícula sufría alteraciones, a la vuelta de cada expedición.

Jock Milton y su hombre de confianza Edgar Pierrel, se movieron con silenciosa actividad, empujando el coche desfrenado por la pendiente hasta la salida camuflada con compacta masa de hierbajos adheridos a una malla finísima.

Y el «Voisin», por la carretera secundaria de Locronan, se dirigió al ramal que unía Quimper y Duarnenez.

Viró repentinamente Milton, apagando los faros e introduciendo el coche entre el arbolado, a un lado del camino.

Pasaba poco después el coche patrulla, alejándose el ruido de su motor, rugiente en exceso.

Dijo Edgar Pierrel:

—Allí no pude pedirte explicaciones, Jock. ¿Qué ha ocurrido?

No eres de los que se juegan la vida por correr una juerga.

—Van a minar los ingleses estos terrenos…

—Bien, ¿y qué?

—Esperaremos que vuelva a pasar el patrulla. Emplea un poco el seso, monigote. Para minar, ¿qué hacen? Excavar el suelo, ¿no?

—Tienden alambre de hoyo en hoyo… ¡Condenación!… —Y excitado repentinamente, añadió Pierrel—: Bien, no hay que perder la cabeza, Jock. No van precisamente a excavar en el lugar justo dónde…

—¡Imbécil! Ya sé que no irán a meter la pala allí, pero tú mismo acabas de decirlo. Tienden alambradas, y al estallar la tierra, se forman cráteres, embudos…

Volvió a oírse el motor de la patrulla que regresaba en su ronda nocturna.

Y al cesar el ronquido del motor, añadió Milton:

—No hemos pasado tantas fatigas, para que ahora estallen unas minas y salte por los aires todo. No te esfuerces. Yo medito por los dos.

Volvió a entrar el «Voisin» en la carretera, y se mantuvieron silenciosos sus dos ocupantes, hasta que aparcó Milton en el camino de carros entre dos lomas.

Bajó del coche y seguido por su hombre de confianza, se dirigió en línea recta a la cuneta opuesta, sentándose en el mojón caminero que señalaba con dos números los kilómetros.

Edgar Pierrel hincó en la tierra la palanca, tras haber medido a pasos cierta distancia desde el altozano. Fué removiendo, hasta que bajo la capa de tierra, la palanca emitió un sonido metálico al chocar con otro acero.

Soltó Pierrel la palanca y hundiendo los brazos alzó por las dos asas, una pesada caja de acero.

En pie, Jock Milton abatió con fuerza sobre la cabeza de Pierrel, la palanca aun sucia de tierra. Repitió el golpe, cuando inclinado se tambaleaba su hombre de confianza, habiendo ya soltado la caja de acero, que vibró al choque con la piedra cantonera…

Empujó Milton con el pie el cuerpo muerto, que rodó por la otra ladera del altozano y tiró la palanca hacia donde los brezales crujían al rodar por ellos el cadáver de Edgar Pierrel.

Recogió la caja, y con estopa que sacó del cajón de

herramientas, fué limpiando la tierra, el moho y orín. Había saltado un trozo del cierre, sin valor alguno…

Jock Milton, dentro del coche con el cofre sobre las rodillas, introdujo una llave, abrió y contemplando brillantes los ojos, el contenido, fué repartiendo por los bolsillos interiores del tabardo, y de su calzón de montar, collares, anillos, brazaletes, pendientes, monedas de oro…

Puso en marcha el «Voisin», y a unos doscientos metros, tiró por la ventanilla a una acequia, el cofre vacío, donde había ido acumulando el producto de las rapiñas efectuadas con la complicidad de Edgar Pierrel, ignorándolo los restantes «maquisards».

Cuando detenido y oculto el coche, daba la señal convenida, y abrió Morgan, Jock Milton, abatidos los hombros, se pasó la diestra por el rostro, como si quisiera borrar una trágica expresión:

—Estoy acabado, deshecho… Pude escapar, pero se quedó seco el pobre Edgar, mi único amigo. Duele perder al único amigo que uno posee.

—Mucho —asintió Luke Ralston que había acudido y sentía lástima por Jock Milton.

—¿Dónde fué, Jock? —preguntó Morgan.

—Al ir a entrar en Concarnó, nos salió de pronto una patrulla a pie. Mataron a Edgar, y pude escapar de milagro. Estoy deshecho, y será mejor que me enviéis a Londres, como hicisteis con el pobre Flambard, cuando murió Roger. Si continúo aquí, puedo comprometer a los demás…

—Descuida, Jock. Ya has dado mucho de ti y tan pronto se pueda te darán salida hacia Inglaterra. Vete a dormir, descansa y procura olvidar. Ya entraremos el coche. Anda, vete a descansar.

Se alejó Milton, con paso tambaleante. Comentó Ralston:

—El hombre está deshecho. Ya ves, otro que parecía sospechoso como Hervé Denel…

—Vete a dormir, que es mi turno de estar despierto.

—Quisiera ver la ruta que ha seguido Jock, más que por nada, por comprobar que no fallan estos goniómetros.

En la caja del cuentakilómetros, manipuló Morgan hasta extraer el aparato medidor de distancias, ángulos y posición, cuyo punzón había ido marcando en el *bareme*, la graduación del camino recién

recorrido por el coche.

A su lado, Ralston extraía del cuadrante, el magnetófono, cilíndrico, el cual poco después introducía en el revelador, colocando en sordina el diapasón de acústica.

—«Allí no pude pedirte explicaciones, Jock» —decía la voz de Pierrel—. «¿Qué ha ocurrido?».

Minutos después, al cesar la grabación, Morgan, extendido un plano a gran escala, el que correspondía a la zona de Locronan, Quimper y Concarnó, iba comparando las orientaciones dadas por el goniómetro en su *bareme* registrador, con el cuadriculado del plano.

Fué marcando con un lápiz, y por fin expuso:

—Se detuvo aquí, cuando pasaba el patrulla. Y después aquí, desde donde volvió por el mismo recorrido. Ha mentido, pues, ya que fué en dirección contraria a Concarnó. Entra el coche y guarda todo esto en nuestra caja personal. Creo que vamos a tener comunicaciones importantes para Londres.

—¿Vas a ir solo y a pie?

—Lo más seguro. Vigila como te pertenece. He de ir a comprobar qué hay en torno al sitio donde «Stenka» detuvo su coche.

—No pensarás que nos fué a delatar, después de todas las pruebas que ha dado, de ser un verdadero luchador idealista.

—Ni tú ni yo pensamos, Luke. Actuamos.

Y provisto del plano, brújula y un complemento de munición, abandonó Morgan el roquizo.

En el kilómetro doce de un camino vecinal, exactamente, el goniómetro había dejado de trazar el recorrido.

Todo lo que pudo hallar Morgan fué un poco de tierra removida recientemente, y un objeto extraño. No había casa alguna por los contornos.

Recogió del suelo, junto al mojón señalador, el trozo de metal desprendido de un cofre. Tenía la forma arqueada de un lomo y algo brillaba por entre el verdín y tierra adherida. No se entretuvo en estudiarlo más minuciosamente, y colocándolo en su bolsillo, emprendió el camino de regreso.

Era indudable que Milton no jugaba a dos paños, por lo que se refería a posibles contactos con la Gestapo. Si no habían llegado

otros agentes lanzados en paracaídas a su destino, no era Milton culpable de ello.

Pero ¿qué había ido a hacer allí, en aquel sitio desierto, yendo con su hombre de confianza y volviendo sin él?

Tal vez otros agentes, en sus informaciones, podrían sacar deducciones a todo aquello.

Morgan renunciaba. Era un novato en el servicio secreto y por ahora, iba aprendiendo el difícil arte de obedecer instrucciones, aunque parecieran desprovistas de sentido.

Varias veces se escondió entre matorrales curvado el índice en torno al gatillo.

Por allí, en aquellas zonas, no había objetivos militares, y las patrullas no empleaban dogos como en la costa.

Cuando caída la cortina de mallas, bajaba la pendiente, y daba la señal en la puerta blindada, para que viniera a abrirle Ralston, fuera, al otro lado del camino de Locronan, frente al roquizo, dos sombras se irguieron, hasta entonces pacientemente al acecho.

Y los dos miembros de la Gestapo, intercambiaron una señal muda. Uno siguió al acecho, y el otro se alejó presuroso, hasta que desde el puesto de control, pudo comunicar con su sección en Quimper:

—El agente Braun comunica haber visto un turismo que corresponde a las señas del «Voisin» conducido por «maquisards». Iba al volante un solo hombre y entró por una pendiente del camino de Locronan, donde ha quedado de facción el agente Duchesne. Vimos también a un hombre armado de metralleta, salir y…

—¡Que se ponga al aparato el jefe de puesto!

El suboficial hizo chocar los tacones mientras cogía el teléfono.

—¡Subteniente Carl Obermayer, a la orden!

—Con todos sus hombres rodee a distancia de observación el lugar que le señalen los agentes Braun y Duchesne. Enviaremos refuerzos. Es esencial no sean vistos. Creo que, por fin, van a caer todos esos malditos «gangsters». ¡En marcha, suboficial Obermayer!

CAPÍTULO X

UN AMIGO Y UN AMOR…

Barry Morgan empleó lubricante para frotar entre dos pedazos de estopa el objeto metálico recogido, mientras explicaba:

—Donde detuvo el coche, cuando por el «chivato» —y señaló el cilindro grabado con las dos voces— sabemos que iba aún con él Pierrel, había tierra removida y mucha maleza. Y junto a una piedra cuentakilómetros, este trozo de metal. Has de despertar a Ivette, y que trate de entrar en conexión.

—¿Crees que Milton tuvo una entrevista con alguien de la Gestapo? De acuerdo, de acuerdo… Nosotros actuamos, ellos piensan. Voy a avisar a la chatilla. A lo mejor, luego nos resulta como Roger, toda una personalidad. Es fina la chica…

Morgan detuvo por el codo a su amigo.

—¿Buenas intenciones, señor Ralston?

—Hombre, le diré, sargento. Con tanto charlar, se hace uno simpático. Ya no habla tanto de lo maravilloso que es Milton.

—¿Algún besito?

—Casi, casi… Anteayer me dio una torta enérgica, pero hicimos las paces y he prometido no volver a besarla así de sopetón.

—Va bien, entonces.

—Oye, ya que hablamos de eso. Sentiría celos de ti, si no fuera porque eres mi amigo. Disimuladamente, Ivette ha ido obteniendo todos los informes posibles sobre ti. Se interesaba por saber cómo nos conocimos, que tal eras, si no eras un «gangster», si tal y todo eso.

—De algo se ha de hablar. Vete a despertarla. Lleva allí el material de pruebas contra «Stenka», para que saquen el hilo en Londres.

Poco después en la furgoneta, vestida precipitadamente, Ivette manipulaba en los diversos cuadrantes, buscando onda propicia con alguna receptora de la costa británica.

A cada lado de ella, esperaban los dos agentes. Pasaban los minutos y por fin, emitió ella las señales que serían transmitidas desde el faro de Southampton, a la clave londinense.

Tardarían aún bastante tiempo en emitir la señal de comunicación desde la sede del Servicio Secreto aliado, en su ramal conectado con la región bretona.

Ivette aceptó el cigarrillo que le ofrecía Ralston, y daba la primera aspiración, cuando de pronto señaló hacia el brillante metal que había colocado Morgan sobre el tablero, entre el reproductor magnetofónico y el plano con la ruta recorrida por el «Voisin» conducido por Milton.

—Es curioso… ¿A quién pertenece?

—Al muy secreto servicio, y tanto es así, que no tengo ni idea de lo que es —contestó Morgan.

Luke Ralston, más positivo, expuso:

—A la vista está: una chapa curvada en forma de pájaro, con pico sonrosado, y ojitos en blanco.

—Es una gaviota —dijo Ivette, cogiendo el trozo de cierre—. Y tiene visible la rotura del trozo que figuraba una rama, en la que se posa la gaviota bretona, sumisa y amorosa, reclinando su pico en el cuello del «chauhan», el príncipe de los búhos.

Ambos la miraron asombrados, receloso, Morgan, que preguntó:

—¿Y cómo sabes todo esto, Ivette?

—Muchas casas bretonas tienen este emblema como cierre de sus cajas donde guardan objetos queridos. Mis padres tenían un broche igual, que simboliza promesa eterna de amor. Es la costumbre, cuando el prometido pide en esponsales a la novia, darle un cofre, con este cierre y detrás graban las respectivas iniciales. En la gaviota, la femenina…

Dió vuelta a la mitad del broche diseñado para cubrir el cerrojo, cuando se bajaban las dos figuras de ave, y leyó la letra trazada en arabesco:

—«B»…

—Entonces, quiere esta letra significar que perteneció el cofre de donde estaba la gaviota, a una mujer cuyo nombre empezaba en

«b».

—Sí, como mi madre: Béatrix.

—¿Béatrix? —repitió Morgan—. Curioso, pero yo tengo una familiar… Bueno, es un nombre corriente por Bretaña.

Ivette asintió, tristes los ojos, dijo:

—Me hizo jurar el comandante Dumesnil que a nadie revelaría mi nombre verdadero, pero vosotros dos no sois franceses, ni «maquisards». Béatrix de Laroche murió fusilada al lado del conde Félicien de Laroche, mis padres.

Barry Morgan engarfió la mano en brusco avance, asiendo el hombro de «Ivette».

—¡Tú eres Bèa, la que me arañó cuando nos vimos por última vez!

—Yo te reconocí apenas nos vimos, Barry. Y pensé en las extrañas circunstancias en que nos volvíamos a tratar.

—Pero ¡Dumesnil sabía que tú y yo nos íbamos a encontrar, y no me dijo nada!

—Es extraño cuanto más pienso en ello, que el comandante insistiera mucho que no revelara mi identidad a nadie y menos a Jock Milton. Y te envía a ti, también junto a Jock Milton…

—Coincidencias… ¡La señal, Ivette!…

Ella atendió los mandos y Morgan, cruzado de brazos, murmuró:

—Cualquiera reconocía en esta linda criatura a la desgarbada y gafuda Bèa.

—Condesa… Mal negocio —opinó Ralston—. No es nada extraño que os encontrarais así. Dumesnil necesitaba gente conocedora del terreno, como tú y ella…

Pero Morgan no le escuchaba ya, porque sentándose, habló ante el micrófono, calado el casco auricular:

—«Stenka» efectuó un viaje con su hombre de confianza, y transmito la conversación que entre ellos tuvo lugar.

Conectó el magnetófono…

Luke Ralston acudió a la portezuela cerrada, abriendo malhumorado. Saltó abajo, cerrando tras él.

El bretón Richard, que había estado golpeando la puerta, dijo roncamente:

—René acaba de ver desde su mirador, moverse por el Prado y al otro lado del camino, fuerzas alemanas en movimiento

envolvente de cerco. Todos están preparándose para abandonar esto… Nos reuniremos por los alrededores del Templo de Farfadets. Hay que escapar como sea, antes que acudan más refuerzos…

Se fué corriendo hacia la galería y Ralston penetró en la furgoneta, exclamando:

—¡Copo! Escampan todos a la desbandada. Nos han localizado. ¡Dejad ya este cacharro! Rodean las salidas…

Béatrix de Laroche en pie, lívida, parecía ausente, ensimismada en pensamientos lúgubres, horribles.

En respuesta a lo transmitido lacónicamente por Morgan, el comandante Dumesnil acababa de informar, y ambos lo habían oído:

—«Varias de las casas de Quimper y Concarnó, cuyos propietarios murieron violentamente, inculpandose a los alemanes, teníamos informes no concretos, de que habían sido saqueadas por una banda de supuestos “maquisards”. Facilitan vía Inglaterra a “Stenka”. Envíen pruebas. Cierro».

Las voces del magnetófono las había identificado Béatrix de Laroche y se iba concretando la horrible sospecha.

Ralston la sacudió por el brazo.

—Estás alelada, Ivette. Hay que huir antes que sea imposible.

En los cuadrantes, varias líneas ondularon con insistencia, y de pronto el micrófono de recepción emitió voces guturales, procedentes de una emisora muy cercana, transportable, que comunicaba a varios puestos «maquisards». Faciliten vía Inglaterra, a «Stenka».

—Al volante, Luke. Tú, Bèa, aquí dentro. Desconecta las baterías. ¡Pronto, Luke! Al volante y espera mi señal.

Obedeció Ralston, mientras saltando antes que él, corría Morgan hacia los que acudían en dirección al portalón, contra el que resonaban recios golpes dados con culatas.

Gritó Jock Milton:

—¡Contened a vuestros monigotes, René, Richard! ¡Llevadles a las otras salidas! ¡De ésa nos ocupamos nosotros!

Fuera, los reflectores, entrecruzándose, barrían la loma pedregosa, y un altavoz ordenaba:

—¡Uno a uno, manos en alto!

La orden reiterada monótonamente, acrecentaba la sensación de

estar cogidos en ratonera, de los bretones que corrían ahora hacia donde iban en busca de salida sus dos jefes.

Jock Milton y los tres parisinos rodearon a Morgan…

—¡En el coche podemos nosotros forzar paso! ¡Seguid con la furgoneta!

—No hay salida, Jock. Ametrallarán los coches. Ha llegado el momento de dinamitar esto —y señaló el coche, añadiendo—: Cargad las cajas de explosivo, y enrolla mecha, Jock. Lo colocaremos tras la puerta, y cuando estén a punto de derribarla, prenderemos fuego a la mecha.

Febrilmente los tres parisinos transportaron cajas de explosivos al interior del coche, que desfrenado condujeron a un lado de la entrada.

Desde fuera repicaron en la puerta blindada, proyectiles perforadores… Corrió Morgan hacia el estribo de la furgoneta, asiéndose a la portezuela alejada del volante:

—Es la única escapatoria posible, Luke. ¡A todo gas apenas se derrumbe la entrada!

Habíase colgado del cuello, el doble correaje con granadas de mano. Sudoroso, dijo Ralston:

—Mal negocio, con Ivette dentro. Podemos saltar en pedacitos…

—¡Tú atento a darle gas apenas se ensanche la entrada!

Los tres parisinos retrocedieron corriendo hacia la furgoneta, en cuyo interior acababa ya de penetrar Jock Milton tras encender la mecha, corta que unía una caja de explosivo a la carrocería del «Voisin».

—¡Arriba vosotros! —señaló Milton el techo de la furgoneta—. ¡Aprisa!…

Resonaban por las otras entradas ya asaltadas, los disparos, los estallidos de granadas…

La puerta que miraba fijamente Luke Ralston, vibraba en su parte superior, desencajándose los goznes, cuando una llamarada cegadora inundó el recinto…

La explosión estruendosa, abrió enorme boquete polvoriento y desprendióse parte de la bóveda…

La furgoneta partió como una exhalación, atravesando la nube humeante…

Lanzó Morgan una granada de mano a un lado de la pendiente,

mientras tendidos en lo alto de la furgoneta, asidos con una mano al reborde, disparaban los tres parisinos.

En el interior, Jock Milton disparaba su metralleta por la ventanilla posterior y a su lado iba Ivette para substituir el arma cuando se agotaba el peine.

Varios coches y sidecars partieron en persecución de la furgoneta cubierta de polvo, llena de impactos, y que había descargado ya tres cadáveres que rebotaron en la carretera.

El parabrisas, dentellado por ráfagas, iba perdiendo su blindaje, Barry Morgan, sentado junto a Ralston, recargaba la metralleta, y gritó de pronto:

—¡Vira al lado!

La furgoneta penetró a través del campo, abandonando la carretera donde acababa de surgir la barrera de dos camiones militares, acudiendo con dos secciones armadas, en refuerzo.

—¡Dale gas hasta que reviente, Luke! No me mires a mí…

—Te han dado, jefe. La sangre…

—Me sobra…

La furgoneta chirrió al saltar las ruedas traseras sobre otra carretera…

Jock Milton se limpió el sudor de la frente, dejando caer la metralleta recalentada y abriendo su pelliza, tosió antes de decir:

—Se asfixia uno aquí, pero creo que tampoco esta vez me pescarán.

Algo cayó al suelo: un collar…

Jock Milton no lo vió, porque estaba de nuevo acechando por la mirilla posterior y gritó:

—¡Nadie atrás, compadres! ¡Duro al pedal, compadres! Son de mi pasta estos chicos… ¡Conseguimos escapar!

—No, «Stenka», no escapas tú…

Miró Milton repentinamente asombrado a la que, de espaldas contra la caja delantera de conducción, le apuntaba con la metralleta.

—¿«Stenka»?

—Mataste a Pierrel, para quedarte con todo. Asesinaste a nobles personas como los Laroche, de Quimper. ¡Mira al suelo, cobarde ladrón asesino!

El collar fulgía, pero Milton no lo miró, sino que al agacharse

repentinamente, empuñó sus revólveres…

La ráfaga de la metralleta fué trazando una línea horizontal a media altura, después una vertical, y por fin repiqueteó el resto del cargador, sobre el cadáver sentado…

—¡Ivette! —gritó Ralston.

Pero a su lado, Morgan dejó de mirar por la ventanilla y comentó:

—No será juzgado en Londres Jock Milton, alias «Stenka».

La furgoneta se detuvo entre los matorrales que ya alcanzaban cierta altura, ocultándoles al enemigo.

—Que conecte Ivette las baterías, y pida vía libre… Hemos terminado nuestra misión, Luke…

Ralston se inclinó para sacar del asiento al desvanecido Morgan, tendiéndolo sobre los matorrales recién pisados por los neumáticos.

Gritó al ver acercarse a Béatrix de Laroche:

—¡Comunica con los que han de llevar agentes a la costa inglesa, pronto!

Apoyando en su rodilla la cabeza de Morgan, buscó Ralston las heridas. Acalló una imprecación al descubrir en el pecho de su amigo varios orificios rojinegruzcos, iguales a los que Alan Chandler mostró en su agonía…

Parpadeando, Barry Morgan murmuró:

—Este negocio… se acaba, amigo… Pero te queda un amor…

EPÍLOGO

Los agentes de enlace que vinieron en busca de sus colegas, los encontraron en el sitio convenido.

Vieron a lo lejos el humo de un incendio provocado por la furgoneta entre los matorrales.

Y al hombre que abrazado a otro, inerte, sollozaba. Y que se revolvió con salvaje expresión, cuando uno de los agentes, tocándole en el hombro, decía:

—Está muerto su amigo. Déjelo, que hemos de apresurarnos.

Se apaciguó Ralston al interponerse Béatrix de Laroche…

—Vámonos, Luke. Le llevaremos entre los dos.

Media hora después penetraban en el lanchón rápido que enarbolaba pabellón alemán, e iba a transportarles hasta el submarino británico que efectuaba desde semanas antes, con otros de la flotilla, el tráfico a que antes se dedicaban en pequeña escala embarcaciones como la del patrón Le Goffic.

Consintió por fin Luke Ralston que una lona envolviera a Barry Morgan, que hallaría tumba en «cualquier lugar» de Inglaterra.

Y a su lado, Béatrix de Laroche, supo encontrar las frases que hicieran vislumbrar en el que acababa de perder su último amigo, la promesa de un amor que sería para ellos dos, bálsamo cicatrizante de olvido.

FIN



Paul White había ido a Nueva York con ánimo de pasar sus vacaciones... Pero el alarido escalofriante de aquel cuerpo al caer al vacío desde lo alto de la estatua de la Libertad, señaló el comienzo de las más insospechadas aventuras que jamás puede vivir un hombre, y el principio de sus...

VACACIONES DE SANGRE

En la trepidante urbe, un solo personaje trae en jaque a la F.B.I., el C. I. A. y la Metropolitana... y el colosal misterio se agiganta cuando Paúl White descubre que la bella mujer que se ofrece en ayudarle resulta ser...

Pero es muchísimo mejor para usted, que lea —si sus nervios se lo permiten...

VACACIONES DE SANGRE

donde la acción, la intensidad y el dramatismo, forman el tríptico que le obligarán a leer de un tirón esta magnífica novela del famoso y celebrado autor

ALAR BENET

y que gran Colección

SERVICIO SECRETO

publicará en su próximo número

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

Núm. 390 - E. Aguilar de Rücker
⊞ SU PASADO
Núm. 391 - Pili G. Rua
○ LA DAMA DE LA RUE PIGALLE
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

Núm. 286 - Coriola
⊞ DESCUBRI MI AMOR
Núm. 287 - Trini de Figueroa
○ CONFLICTO PASIONAL
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

Núm. 230 - Luis Masota
⊞ LA OTRA NELLY
Núm. 231 - Jean Miroir
○ LA RUTA DE LA ILUSION
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

Núm. 116 - Maria Adela Durango
⊞ EL SALON AMARILLO
Núm. 117 - Carlos de Santander
○ NO ME INTERESAS
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

Núm. 69 - Sergio Duval
⊞ CADENAS DE PASION
Núm. 70 - Laura Tur
○ AQUEL HOMBRE TIMIDO...
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION *LAUREL*

Núm. 14
⊞ QUEVEDO
Núm. 15
○ PETRARCA
APARICION BIMENSUAL. PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

Núm. 324 - Alar Benet
⊞ PASADO DE SANGRE
Núm. 325 - Silver Kane
○ "MANO MUERTA"
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

Núm. 29 - A. Rolcest
⊞ NAIPES ROTOS
Núm. 30 - Joe Sheridan
○ HOMBRES DE LA FRONTERA
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

Núm. 195 - Peter Debry
⊞ TESTIGOS SINIESTROS
Núm. 196 - Alar Benet
○ VACACIONES DE SANGRE
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

Núm. 10 - María Lar
⊞ PECADO DE AMOR
Núm. 11 - Mary Vidal
○ MI PRIMO, EL LOCO
APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

⊞ Volumen recientemente aparecido
○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL EB BRUGUERA

PRINTED IN SPAIN
PRECIO. 5 PTAS.

NOTAS

[1] Bahía de poca anchura, donde no andan ninguna clase de embarcaciones por las barras de los arrecifes. < <